



*Enemiga por  
accidente*

**OLIVIA KISS**

**Enemiga por accidente**

**California Beach 2**

# Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[El favor](#)

[El artículo](#)

[La llamada](#)

[La cena](#)

[El trato](#)

[El postre](#)

[La vergüenza](#)

[La fiesta](#)

[La venganza](#)

[La verdad](#)

[La boda](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

## **Sinopsis**

Claire le declaró la guerra a Thomas una noche en la que sus caminos se cruzaron en el California Beach. Un choque casual los convirtió en enemigos no solo en la intimidad, sino también de forma pública. Se odian y evitan verse por encima de todas las cosas.

Sin embargo, sus mejores amigos van a casarse y han decidido que ellos oficien la ceremonia. Juntos.

Un puñado de encuentros, un discurso que preparar, unos cuantos secretos y una tensión sexual no resuelta conseguirán que, finalmente, todo estalle por los aires.

¿Podrán Claire y Thomas ser algo más que enemigos por accidente?

## El favor

Claire pensó que jamás podría perdonar a su mejor amiga.

Se había levantado esa mañana con ganas de verla. Llevaban un par de semanas sin quedar y se moría por cotillear sin control y disfrutar de una botella de vino y una buena comida en su compañía.

Desde que Jennifer había formalizado su relación con Cole y había pedido una excedencia en el trabajo, hacían muchos más planes que antes, era cierto, pero eso no evitaba que él también estuviera incluido en algunos de ellos, y a Claire, por muy bien que le cayera Cole Chapman, le apetecía pasar un rato a solas con su mejor amiga.

Habían caminado juntas hasta el restaurante que Jenn había escogido. En un primer momento, a Claire le había parecido precioso, con un estilo cálido y reminiscencias a la naturaleza que provocaba que te sintieras a gusto en el acto. Se moría por probar la comida. Pensó que de esa visita podría sacar un artículo para el *magazine*.

Claire escribía un artículo semanal sobre el ocio y la noche en la ciudad de Los Ángeles. Lo que había empezado como un pequeño espacio en una publicación digital de cultura se había convertido en una de las secciones más leídas por los usuarios. Ni siquiera sabía muy bien cómo había sucedido, pero las visitas habían subido como la espuma hasta posicionarla como una imprescindible para su empresa.

Era un trabajo cómodo, no podía negarlo. Solo tenía que visitar lugares de moda o recién abiertos y valorarlos. Sin embargo, aunque Claire tuviera una facilidad innata para escribir como lo hacía, su tarea era más compleja de lo que parecía. En muchas ocasiones se movía sobre una línea muy fina; por un lado, estaba la honestidad, la acidez de sus comentarios y el sentido del humor que era lo que hacían que su trabajo tuviera tanto éxito; por el otro, estaba el miedo a hacer un daño innecesario a personas que solo querían vivir de sus negocios. Claire, incluso cuando lanzaba una opinión no del todo positiva, procuraba hacerlo con una gracia que animaba a visitar el local en cuestión o potenciando otras virtudes que tuviera el lugar reseñado.

Siempre había actuado así.

Siempre, hasta que el cretino de Thomas Carter se cruzó en su camino.

Aquella mañana no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Mucho menos se hubiera imaginado que Jennifer iba a engañarla vilmente.

Entraron en el bonito restaurante y, cuando se acercaron a la mesa que señaló la recepcionista, se encontró a Cole esperándolas allí. Eso ya debía haberle dado a Claire una pista de que algo no cuadraba, pero como eran inseparables hasta el punto de ser pegajosos, se dijo que se rendía ante su amor y que ya encontraría otro momento para cotillear con Jenn en la intimidad.

Se sentó pegada a la pared, frente a Cole, y Jennifer se colocó a su lado. De ese modo, quedaba atrapada entre su amiga y la ventana y evitaba que cualquier miembro de la plantilla pudiera reconocerla y tratarla mejor con la intención de una buena publicidad.

Era lo único que Claire odiaba de su trabajo. Al principio, cuando nadie sabía quién era ni qué cara tenía, pasearse por los sitios era fácil y mucho más divertido, como si fuera una espía con una misión secreta. No obstante, cuando su fama se descontroló, no había empresario en Los Ángeles que no conociera el rostro pecoso de Claire Dillon. Por ese motivo, muchos se esforzaban por halagarla al verla y le daban un trato mejor que a la clientela, sin darse cuenta de que eso solo enfurecía a Claire.

«Un empresario que trata mejor a unos clientes que a otros no es un buen empresario», le había explicado a Jennifer mil veces.

Era una cuestión de respeto, ni más ni menos.

Cogió la carta y la estudió con perspicacia. Aquello tenía buena pinta. Mientras decidía qué pedía, notó una presencia que se acercaba a ellos y... ahí estaba. Thomas Carter.

¿Qué diablos estaba él haciendo allí? Claire no solo vio la expresión de desconcierto de Thomas, sino también las de arrepentimiento y culpabilidad de Cole y Jennifer.

¡No podía creérselo! Les habían juntado con alguna intención oculta que Claire no sabía si quería descubrir.

—¿Qué demonios es esto, Jenn? ¿Qué hace este aquí?

Thomas la fulminó con la mirada, pero ella no se amilanó y se irguió con actitud decidida.

—«Este» —dijo él imitando el mismo tono despectivo de Claire— es el dueño del local en el que estás a punto de comer, así que, si no quieres que ejerza el derecho de admisión, espero que te comportes.

Claire miró a su mejor amiga con la boca abierta. Jennifer parecía incómoda y no era para menos. Sabía de sobra que siempre había respetado su relación con Thomas por ser el mejor amigo de Cole, pero también que ella se negaba siquiera a tenerlo cerca. Su simple presencia le provocaba una ira desmedida.

La miró realmente enfadada.

—¿Cómo has podido, Jenn? —Después se dirigió de nuevo a Thomas—. Haz lo que te dé la gana. Seguro que es mejor que me echéis que comer la basura sibarita que serviréis aquí.

—Dudo que alguien como tú sepa distinguir un...

—¿¿Os podéis callar de una vez?? —exclamó Jennifer un tanto descolocada por la reacción de ambos y sin dejar a Thomas terminar con ese ataque que se intuía sin fin.

Cole le hizo un gesto a su novia para que se tranquilizara y los otros dos, para sorpresa de todos, la obedecieron.

—¿Puedes sentarte, Thomas? —le pidió Cole a su mejor amigo.

Este pareció dudar, pero al final se resignó y se dejó caer a su lado.

Claire estaba anonadada. La mesa, de repente, le parecía minúscula. Había salido de casa contenta por pasar una velada agradable con su amiga y, de pronto, frente a ella estaba el hombre que más había odiado durante el último año, puede que incluso en toda su vida.

Thomas Carter.

Aún recordaba su primer encontronazo, la noche del concurso de cócteles en la que Cole y Jennifer se habían conocido. Su amiga había coqueteado con uno de los camareros, que resultó ser, nada menos, un amigo del jefe infiltrado para vigilarla a ella. De esto Claire se había enterado mucho tiempo después y se sumaba a los motivos por los que odiaba con saña a Thomas. Pese a ello, aquel día de hacía una eternidad, Claire aún no conocía a Thomas y había decidido marcharse cuando Jennifer se atrevió a darse una alegría en forma de revolcón con Cole Chapman.

El alcohol se le había subido a la cabeza, aunque no tanto como para no controlar sus impulsos. El problema era que Claire tenía dificultades de forma habitual para frenar sus instintos.

Se dirigió a la salida con la intención de marcharse a casa y caer directamente en la cama, pero, antes de llegar, no se dio cuenta de que el cordón de su zapatilla se había soltado y se tropezó. No fue muy lejos, ya que cayó sobre un cuerpo masculino que olía a perfume caro.

Cuando alzó la vista, se encontró con un hombre moreno, de ojos azules y rasgos perfectos que la miraba con preocupación. Claire sonrió con coquetería. ¡Menuda suerte la suya! Aquel accidente se había convertido en una excusa fantástica para flirtear con el hombre más atractivo que había visto en toda la noche. Su camisa era tan suave que Claire supo al momento que era más cara que toda la ropa que la vestía a ella. Era un niño rico, se percibía nada más verlo. Quizá no tenían mucho en común, pero ¿qué importaba para lo que Claire tenía en mente?

No obstante, el plan de Claire se evaporó antes de poder llevarlo a cabo cuando percibió un brillo de reconocimiento en los ojos de aquel hombre. Se preocupó con excesiva educación por su estado y comenzó a ser demasiado amable, tanto como para ofrecerle ciertas ventajas en su club; porque sí, se presentó como Thomas Carter, dueño del California Beach, lo que le confirmó a Claire que no se había equivocado.

Su amabilidad solo se debía a que la había reconocido como la temida Claire Dillon y ella... pues explotó.

«Puedes meterte tus ofrecimientos por el culo».

Claire recordó aquella conversación que comenzó mal y acabó peor.

«¿Serás maleducada?»

«Solo con quien falta al respeto mi profesionalidad».

Y después no recordaba más que un popurrí de palabras malsonantes y reproches varios que terminó con Claire haciéndole un gesto soez con el dedo y largándose de allí con la promesa de no regresar jamás.

Thomas Carter, el mismo hombre prepotente y orgulloso que la había insultado, era el mejor amigo de Cole, el novio de su mejor amiga. Le parecía una broma de mal gusto. Claro que... Claire no se había quedado parada. Ella, para bien o para mal, no sabía perder y se había vengado pero bien con su artículo sobre el California Beach.

Después de ese primer encuentro desastroso en el que se habían convertido en enemigos, sus vidas se habían cruzado en alguna otra ocasión que Claire no había sido capaz de compartir ni siquiera con su mejor amiga y que prefería olvidar.

Tragó saliva cuando un recuerdo en concreto volvió a su cabeza.

Durante el año de relación de Cole y Jennifer, Claire sabía que ambos habían intentado que la opinión que tenía ella sobre Thomas y viceversa mejorase, pero, pese a sus esfuerzos, no lo habían logrado. Claire estaba harta de escuchar las virtudes de Thomas, lo trabajador que era y el éxito que había conseguido en los negocios gracias a su tesón e inteligencia. Intuía que a él le sucedía lo mismo y que había tenido que soportar halagos continuos cuando Jenn y Cole hablaban de ella.

Todo había sido en vano. Jamás habían aceptado coincidir en planes organizados por sus amigos. Si ellos organizaban una cena a la que Claire estaba invitada, Thomas justificaba su ausencia con algún asunto del trabajo. Si quedaban en el California Beach a tomar una copa, Claire fingía estar muy liada o algún plan alternativo mucho más interesante que la excusaba.

Hasta aquel día, Cole y Jennifer habían respetado su odio, pero, de pronto, los habían juntado en la misma mesa con una intención que aún desconocían.

Cole carraspeó y todos lo observaron con cautela; parecía nervioso y eso a Claire la desconcertó.

—Os estaréis preguntando qué estamos haciendo los cuatro aquí. —Thomas asintió y Claire se cruzó de brazos como una niña enrabiada—. Sois dos de las personas más importantes de nuestras vidas, y aunque respetamos que no queráis tener relación el uno con el otro, Jennifer y yo hemos tomado una decisión que os concierne y para la que os necesitamos.

—A los dos —aportó Jennifer.

«Oh, no», pensó Claire para sí. Aquello sonaba mal. Terriblemente mal. Intuía que bien para sus amigos, pero mal para ella, sin duda.

Miró de reojo a Thomas, intentando comprobar si él estaba al corriente de lo que fuera que supusiera esa encerrona y si tenía alguna ventaja sobre la situación, pero por la expresión de su rostro parecía aún más perdido que ella, por lo que supuso que ninguno tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

Entonces Jennifer sacó un anillo del bolso y se lo colocó con una sonrisa radiante. Había sido astuta al esconderlo, porque Claire no habría podido evitar fijarse en aquel pedrusco brillante nada más encontrarse con su amiga.

—Le he pedido a Jennifer que se case conmigo.

Claire sintió una congoja automática ante la buena noticia, una emoción sincera por todo lo que se alegraba por su amiga. Pese a aquella jugarreta, pese a que estaban compartiendo un momento tan bonito con Thomas, pese a muchas cosas, Claire no podía estar más feliz por Jennifer y la abrazó con ganas.

Cole y ella estaban hechos el uno para el otro, no tenía dudas.

Thomas también abrazó a su amigo; Claire se fijó en él y en la humedad que cubría sus malvados ojos.

«Así que Satanás tiene sentimientos», pensó.

Cuando terminaron las felicitaciones, Thomas y ella volvieron a observarse con desprecio sin entender del todo por qué habían querido anunciárselo a ellos dos juntos. No tenía sentido y la tensión a cada segundo que pasaba resultaba más incómoda, así que Claire, que no era una mujer precisamente paciente, habló sin más:

—Es una noticia fantástica, estamos muy felices por vosotros y todas esas cosas, pero ¿qué pintamos nosotros aquí?

Jennifer apartó la mirada y aquel gesto le confirmó que escondían algo que no le iba a gustar. La conocía tanto que sabía que Jenn se estaba arrepintiendo de lo que fuese que hubiera decidido junto a su prometido. Como ella parecía no atreverse, fue Cole el que habló, dejando a Thomas y a Claire patidifusos.

—Estamos aquí para pedirnos algo. Es el único regalo que deseamos. —Cole cogió aire y lo soltó sin más—. Queremos que vosotros dos oficiéis la boda.

Claire estalló en carcajadas mientras Thomas susurró algo que ella no pudo escuchar. Se rio tanto que sintió las primeras lágrimas rozando sus mejillas.

¿Se habían vuelto completamente locos? Tanto amor debía haberles nublado el juicio. No iba a negar que la broma era buena, pero eso solo podría suceder en una realidad paralela que, gracias a Dios, Claire nunca tendría que vivir.

Sin embargo, su risa se cortó cuando comprobó que sus amigos estaban totalmente serios. Thomas la observaba como si fuera una demente; él no se reía, solo apretaba la mandíbula con tanta fuerza que Claire pensó que se le acabaría por saltar un diente. Al imaginarse su aspecto con un diente menos, sonrió para sí.

La voz de Cole hizo que dejara de pensar en tonterías:

—No tenéis que aceptar, lo sabemos, pero queremos que sepáis que no se nos ocurre una boda más bonita que una celebrada por nuestros mejores amigos.

Así que aquello iba en serio. Claire dejó de reírse y empalideció al momento. Lo hizo cuando sintió la sonrisa de Jennifer y su mano buscando la suya. No quería mirarla, porque, aunque habitualmente fuese de dura, con Jenn siempre había sido una blanda. Podía hacer con ella lo que

quisiera. Cualquier cosa que Jennifer Stone le pidiera Claire la conseguiría, y la muy bruja se estaba aprovechando de esa debilidad.

—Claire —apretó la mano entre la suya y la aludida se mordió el labio con fuerza—, sé que esto no es fácil para ti, pero solo consiste en preparar un texto ceremonial y en ensayarlo juntos. El resto del tiempo, como si no os miráis.

Sonaba fácil, pero para Claire era como pedirle que organizara su boda en la luna. Una locura. Una tortura. Y una auténtica mierda.

Claire miró el anillo que brillaba en el dedo de Jennifer. Era precioso y parecía haber estado siempre adornando la mano de su amiga. Después la estudió a ella; parecía tan feliz desde que había conocido a Cole... estaba radiante y se lo merecía. Para Claire, nadie se merecía ser más feliz que Jennifer; eran amigas desde niñas y sus vidas siempre habían estado unidas. La admiraba, la respetaba y la quería como a una hermana. Se giró para observar a Cole, que la observaba a su vez esperando una respuesta, y se encontró con su bonita sonrisa. Él había logrado desenterrar a una Jennifer que en algún punto de su carrera profesional se había perdido. Claire había sufrido en más de alguna ocasión por ella, porque sabía que se estaba perdiendo muchas cosas bonitas de la vida, pero no había sido capaz de ayudarla. Pero Cole sí. De algún modo, sentía que se lo debía por haber ayudado a Jennifer como ella no había sabido.

La respuesta estaba clara. Solo había una posible para Claire.

Fue a abrir la boca, pero Thomas se adelantó:

—Acepto. Por mí no hay ningún problema.

Claire se tensó tanto que Jennifer apretó su mano para que se calmara. Pero es que ese Thomas era despreciable. No comprendía cómo un hombre como Cole podía apreciarlo tanto. Sus ojos azules eran hostiles, orgullosos y egoístas. Su aspecto, siempre estirado como si todo el mundo fuera suyo. Su educación y predisposición a Claire le parecían más falsas que una moneda de chocolate, como en aquel momento, en el que había hablado justo antes que ella para poder echarle en cara en el futuro que él no había dudado.

Lo odiaba tanto que no podría jurar no acabar matándolo con sus propias manos.

—Yo también acepto. ¿Podemos comer ya?

Jennifer la abrazó y después compartieron una comida en la que Cole y ella hablaron animados sobre las ideas que tenían para su enlace. Claire se esforzó por mostrarse animada y feliz por ellos, opinando sobre las dudas que exponían y sonriendo cada vez que a Jenn le brillaban los ojos.

Sin embargo, no podía ignorar que los de Thomas la taladraron durante toda la comida.

Sin duda, preparar aquella boda iba a ser un auténtico infierno.

## El artículo

Thomas observó a las chicas despedirse en la puerta del restaurante y cuchichearse confidencias al oído, hasta que sintió la mano de Cole palmeando su hombro y se giró hacia él.

—¿Estás bien? ¿Aún quieres ser mi padrino?

Sacudió la cabeza y sonrió a su mejor amigo. ¿Qué podía hacer si no? Ya había aceptado y no había vuelta atrás. Jamás se lo diría a Cole, pero hasta que no se dio cuenta de que Claire iba a aceptar, había estado dudando y buscando alguna excusa creíble que ellos comprendieran para no tener que pasar por tal castigo.

No se podía imaginar una tortura peor que tener que verse a solas con Claire Dillon y llegar a algún acuerdo. Trabajar juntos. No tirarse de los pelos y morderse la lengua continuamente para no acabar lanzado pestes el uno del otro.

Thomas no sabía qué tenía, pero desde el primer momento esa diminuta mujer había conseguido sacarlo de quicio como nadie. Él, que era un hombre sereno y que rara vez perdía los papeles, se veía a menudo pensando en ella y apretando los dientes.

Miró a su amigo y respondió con la mejor de sus sonrisas.

—Sí, no te preocupes. Habéis tenido una idea excelente.

Cole chasqueó la lengua.

—No hace falta que me sigas la corriente, Thomas. Sé que es una idea de mierda para vosotros, pero es bonito. Yo quería que lo hicieras tú y Jennifer votaba por Claire. Nos encontramos en la situación de elegir y nos dimos cuenta de que no era necesario. Además, no queríamos hacerlo. Ambos sois personas muy importantes para nosotros.

—Visto así... —Ambos se rieron y Thomas asumió que sus amigos no tenían la culpa de la enemistad que compartía con Claire—. Lo haremos bien. Tienes mi palabra.

Cole asintió satisfecho. Thomas era un hombre de palabra. Así que se despidió de él con la seguridad de que uno de los días más importantes de su vida estaba en buenas manos.

Sin embargo, en cuanto todos se marcharon, Thomas entró en el restaurante, dejó de fingir una tranquilidad que no sentía y se abrió una cerveza.

¿Cómo había podido meterse en ese lío?

Pensó en Claire Dillon y frunció el ceño.

Aún recordaba a menudo la primera vez que la vio. Había oído hablar de ella en muchas ocasiones. Desde que sus artículos comenzaron a destacar, algunos de sus colegas comentaban la oportunidad que sería recibir una de sus visitas en sus locales, así que le mandaban invitaciones a eventos que ella, de vez en cuando, aceptaba. Había una posibilidad de que su valoración fuera negativa, pero Thomas había estado estudiando sus escritos y había llegado a la conclusión de que

incluso la peor de todas ellas era una fuente de publicidad incuestionable. Claire escribía con una gracia especial que hacía que hasta lo malo resultara atrayente, ese era su poder y por eso era temida y admirada a partes iguales.

Por ese motivo, Thomas le había enviado dos invitaciones al concurso anual de cócteles del California Beach. Le parecía una buena oportunidad para que su mayor inversión creciera un poco más. Las cosas iban bien, no podía quejarse, pero nunca estaba de más iluminar con la luz de Claire su nombre en el calderero de los planes nocturnos de Los Ángeles.

Cuando la vio aparecer aquel día, pensó que no tenía nada que ver con la mujer que había imaginado en su cabeza. Había visto una fotografía suya en la prensa, pero solo aparecía su rostro de lejos, así que no tenía mucha idea de cómo era de verdad Claire Dillon. Llevaba el pelo rubio corto y desordenado peinado con una cinta igual que en la imagen, pero el resto de su presencia no podía haberle sorprendido más. Era menuda y vestía como una adolescente de las que llenaban las playas de California; esa noche llevaba una falda vaquera, una camiseta anudada que dejaba su ombligo al aire y unas Converse de color fucsia. A Thomas le costaba creer que una de las mujeres más temidas por los hombres que regentaban los negocios nocturnos de la zona fuera una que parecía una chica mascando chicle a la puerta del instituto. Enseguida vio brillar en su estómago una anilla y la silueta de un tatuaje en su muñeca derecha.

Pese a la impresión inicial, después de vigilarla sin parar por el local en cuanto tenía un segundo libre, tuvo que admitir que tenía algo que llamaba la atención al momento. Como si una luz la acompañara. Quizá no era la mujer más hermosa del club, pero sonreía sin parar y su rostro pecoso le daba un aspecto dulce y una frescura que costaba encontrar entre tanto artificio como había en la ciudad.

Iba acompañada por una mujer morena espectacular que sí que encajaba en el perfil de mujer que solía frecuentar el California Beach. Más tarde descubriría que se trataba de Jennifer; también, que Cole y esa mujer se habían enamorado.

No obstante, hasta llegar a aquel momento, habían pasado muchas cosas.

Entre ellas, un encuentro una noche meses atrás del que no había hablado a nadie, ni siquiera a Cole, y que prefería olvidar, aunque se paseaba por su cabeza más a menudo de lo que le gustaría.

Se habían evitado hasta el exceso, pero, de repente, por culpa de la petición de sus amigos eso debía cambiar. Estaba feliz por ellos, una boda siempre era motivo de alegría, pero la consecuencia de tener que tratar con Claire... eso le ponía los pelos de punta.

Esa misma noche, cuando llegó a casa después de más horas de las recomendables al pie del cañón, no pudo evitar hacerlo de nuevo. Buscó entre los papeles de su escritorio una hoja que estaba ya desgastada de tanto leerla y volvió a recrearse en ese odio que lo había comenzado todo.

*El club California Beach o «cómo condensar todo lo que odio en Los Ángeles bajo un mismo*

*techo». Por Claire Dillon.*

Ese era el título. Si entrabas en la web donde estaba publicado, veías que estaba en la lista de las diez entradas más leídas. En su momento, Thomas estaba tan desconcertado que la había imprimido para analizarla hasta el exceso. No había sacado en claro nada más que el hecho de que Claire era una víbora cuando quería y que, con él, se había despachado a gusto. Además, por mucho que le doliera, debía aceptar que la muy condenada tenía su gracia.

*Podría empezar por describir la estética del local. Pero ¿sabéis qué? No es necesario. Imaginaos cualquier otro club de la costa californiana. ¿Qué veis? Colores cálidos. Palmeras. Detalles horteras, como velas en forma de piña —alguien debería recordarle a Thomas Carter, su dueño, que las piñas dejaron de estar de moda en el 2016—, flamencos rosas de plástico y pajitas flúor. Muy bien. Habéis acertado. ¡No aportar nada nuevo es una excelente idea para destacar entre los cientos de clubes que inundan la ciudad!*

Thomas echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. No adelantaba nada en leerlo de nuevo, lo sabía, pero no podía dejar de hacerlo. Se había convertido en una obsesión que acabaría por llevarlo a terapia.

*Podría comenzar, quizá, por la música. No obstante, cerrad los ojos y pensad en esa canción que os taladra la cabeza porque no dejáis de escuchar sin parar en la radio, en la televisión, en la sala de espera del dentista y hasta como hilo de ascensor. Sí, esa tan de moda que acaba por provocarte una urticaria cada vez que suena... pues esa es justamente la que sonaría en el California Beach en cuanto atravesases sus puertas.*

Ese diablo de pelo rubio alborotado era inteligente. Thomas lo asumía, ya que había logrado que todo lo que otros alabarían de su club pareciera un insulto. En sus palabras, poner lo último en música sonaba a cliché y a esas modas incomprensibles que llenan las calles y que todo el mundo odia.

Se levantó y se sirvió dos dedos de *whisky*. No solía beber en casa, pero, últimamente, apenas dormía. Demasiadas preocupaciones. Demasiadas personas trabajando para él hacían que las responsabilidades fueran grandes y no quería decepcionar a nadie.

Cogió el papel y siguió leyendo:

*Sin embargo, voy a empezar por algo que no se ve a simple vista, pero que está ahí. En cuanto entras en el California Beach se respira una soberbia incómoda que asfixia. Al principio, no lo comprendía. Sus empleados eran encantadores, eficientes y siempre me atendían con una sonrisa. Su terraza con el mar de fondo me ayudaba a desconectar de la rutina y del estrés de la semana. A mi alrededor, un montón de personas disfrutaban de una noche de viernes, aportando una alegría contagiosa al ambiente. Entonces, ¿qué era? No lo sabía, así que me esforcé por pasármelo bien y sacar el lado positivo de que las copas siempre me salgan gratis.*

Thomas se descubrió riendo. Le parecía increíble que fuera tan descarada y, aun así, a la gente le cayese bien. No era solo que le tuvieran simpatía, sino que la adoraban. Nadie se atrevía a hablar mal públicamente de Claire Dillon.

Era de locos.

*Cuando ya estaba a punto de largarme a casa, ocurrió algo que me hizo comprenderlo. Un pequeño accidente con el cordón de mi zapatilla me hizo acabar chocándome con un hombre. Sí, sé lo que estáis pensando, este podría ser el comienzo perfecto de cualquier comedia romántica protagonizada por Jennifer Aniston, pero lamento deciros que no fue lo que pasó.*

Thomas sintió un escalofrío. Siempre le sucedía cuando recordaba ese instante en el que el cuerpo de Claire había caído sobre sus brazos. No supo que era ella hasta que alzó la cabeza y se encontró con sus ojos azules muy cerca, tanto como para poder pensar que eran los más expresivos que había visto nunca. Enseguida percibió que su cuerpo era delgado pero fuerte. Pese a ser pequeña, no había nada débil en Claire Dillon. La mirada desafiante que ella le dedicó se lo confirmó. También le sonrió y Thomas pensó que aquella sonrisa guardaba mucho más que una disculpa.

«Vaya, vaya con Claire Dillon...», dijo para sí.

Sin embargo, aquella conexión cercana al coqueteo duró poco, porque en cuanto él activó sus encantos para que se sintiera de la mejor forma posible en su club, ella se tensó y todo se descontroló. De repente, su sonrisa dulce se transformó en una de pura maldad y su atrayente boca, en una capaz de soltar sapos y culebras sin control.

Era una maleducada. Él le había ofrecido una copa de un champán que no estaba en la carta y entradas para su próxima fiesta y ella le respondía de malos modos y se volvía loca. Porque eso era, estaba completamente loca, no había otra explicación posible.

Continuó leyendo. Había llegado, sin lugar a duda, a la mejor parte del artículo:

*Lo que sucedió fue que descubrí por qué el California Beach destila arrogancia por cada rincón. Y el motivo no tiene otro nombre que el de su dueño: Thomas Carter. El niño rico poseedor de un pequeño imperio en Los Ángeles ha conseguido ocultar su altanería bajo el perfume de una educación y una amabilidad excesivas, así como intentando comprar la opinión de pobres chicas indefensas como yo. Lo que Thomas no sabía era que Claire Dillon no tiene precio. Os respeto demasiado, queridos lectores, y me respeto demasiado a mí misma como para vender mis palabras a cambio de copas o entradas gratis (de esas ya me sobran, el muy altivo ni siquiera se esforzó un poco).*

*En resumen, ¿merece la pena visitar el California Beach? Sí, si te gusta más lo postizo que la naturalidad.*

*«¿Hay algo que merezca la pena del club, Claire?», os estaréis preguntando. Pues sí, gracias al concurso anual de cócteles probé dos mezclas que, pese a que no ganaron, estarán*

*disponibles en la carta solo durante este mes. ¡Ahí van mis recomendaciones alcohólicas! «Dulce Corazón» y «Manzana de Caramelo».*

*Una última cosa... pese a que el ganador, Néctar de Pitufo Amoroso, estaba delicioso, su nombre y su resaca dejan mucho que desear...*

*Gracias por leerme. ¡Nos vemos por ahí cualquier madrugada!*

Thomas dejó caer el papel sobre la mesa y suspiró. Después frunció el ceño al recordar una vez más que, gracias a ese dichoso artículo, había incluido los dos cócteles no ganadores en la carta fija y eran de los más solicitados. Incluso debía sentirse agradecido a Claire por el aumento de visitas y ventas, claro que no se lo confesaría ni borracho. Igual que tampoco confesaría jamás que su amabilidad aquel día, en realidad, no se debió a un intento por comprar su valoración, sino a la intención de coquetear con la que esa noche le había parecido la chica más bonita del club.

## La llamada

Claire no era una persona madrugadora. No lo había sido jamás. Cuando era pequeña siempre llegaba tarde a la escuela, en la universidad se saltaba más primeras horas de las que debía y, ya siendo supuestamente adulta, tenía un trabajo que casi siempre le robaba horas a la noche, así que no solía abrir el ojo antes de las doce del mediodía.

Por ese motivo, cuando su teléfono sonó tan temprano, se asustó. Nadie llamaba a Claire antes de las doce si no era un asunto de emergencia nacional.

Lo buscó con dedos torpes por la mesilla de noche, pero no conseguía enfocar la vista, así que acabó tirándolo al suelo junto a un vaso de agua que mojó la alfombra.

—¡Mierda!

Se levantó, pisó la alfombra mojada y encontró, por fin, el aparato, que contestó de malas maneras.

—¿Quién demonios llama?

Un suspiro profundo resonó al otro lado del teléfono.

—Al final va a resultar que lo tuyo conmigo no es nada personal y que eres igual de agradable con todo el mundo.

Claire se tensó al descubrir la voz grave de Thomas.

—¿Qué quieres, Carter? ¿Quién te ha dado mi teléfono? ¿No sabes que es una falta de respeto llamar a nadie antes de las... de las...?

Claire ni siquiera sabía la hora que era, pero debía de ser muy temprano, ya que apenas podía abrir los ojos.

—Son las diez. Los simples mortales que trabajamos para levantar el país que tú te bebes por las noches ya estamos almorzando.

Thomas sonrió. Había tardado una semana en pedirle el teléfono de Claire a Jennifer y otra más en atreverse a llamarla.

Sin embargo, no podían dejar pasar mucho más tiempo. Habían hecho una promesa a sus amigos y debían cumplirla. Además, la boda ya tenía fecha, en apenas dos meses Cole y Jennifer se darían el «sí quiero» en una finca privada solo con unas treinta personas como testigos de su amor. Nada muy peliculero, sino íntimo y familiar, lo que a Thomas le había parecido perfecto. Perfecto del todo si eso no lo obligara a hablar y ver a la chillona Claire.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con tirantez.

—Tenemos que tomar decisiones sobre la boda. ¿No has hablado con Jennifer? Ya tienen fecha.

Pues no, Claire no lo había hecho. Había estado liada la última semana y, de repente,

recordaba dos llamadas sin contestar de su amiga. Imaginó que era para ponerle al día de su enlace, lo que no había sucedido y que jamás admitiría delante de Thomas.

—¡Por supuesto que sé que tienen fecha!

Claire se movió por su apartamento con rapidez. Escogió ropa del montón siempre presente en su butaca y se sirvió un café cargado en la cocina.

—Bien, pues entonces estarás de acuerdo conmigo en que tenemos que vernos.

—No estoy tan segura. Verás, Thomy.

—¿Qué me has llamado?

Ella lo ignoró, sonriendo maliciosamente. Llamarlo de aquel modo le había sabido como el mejor de los dulces.

—He pensado que no tenemos por qué vernos. Tú podrás hacer una parte en tu casa y yo lo mismo en la mía. Nos lo reenviamos por correo electrónico, lo unimos y ¡listo! ¿No es increíble el poder que tienen las tecnologías?

Él se tensó y apretó el teléfono con fuerza ante el tono siempre sarcástico de Claire. Odiaba sus salidas de tono, sus comentarios siempre burlones, sus exageraciones.

—No podemos hacer eso.

—Sí que podemos.

—No podemos.

—Sí.

Ambos estaban tensos, esperando que el otro se rindiera, pero no sucedió.

—A las ocho salgo de trabajar. Hoy estaré en el California Club. Pásate y lo hablamos allí.

Thomas lo llevaba claro si pensaba que iba a volver a poner un pie en ese lugar.

—A las ocho yo estaré pintándome las uñas en mi casa. Pásate tú, si quieres, y me ayudas con la mano derecha —bromeó ella.

No obstante, él asumió que con Claire solo había un modo de hacer las cosas, así que, pese a que ella no hablaba en serio, se dijo que iría hasta su piso y la obligaría a cumplir su promesa, de ser necesario.

—Hecho.

Thomas soltó esa única palabra y colgó el teléfono. Al otro lado, Claire se quedó un tanto alucinada.

¿Qué acababa de ocurrir? ¿Acababa de tomarse Thomas su ironía como una invitación? ¿La había aceptado?

Sacudió la cabeza, lanzó el teléfono al sofá y se vistió para ir a buscar a Jennifer. Debía obtener toda la información posible sobre el enlace de su amiga para no volver a sentirse en desventaja con Thomas Carter.

Jennifer estaba almorzando en la terraza de su recién estrenada casa. Cole y ella se habían mudado allí apenas semanas atrás y, aunque aún tenían una habitación repleta de cajas, cada día se levantaba con una sonrisa. No era para menos, el océano Pacífico le daba los buenos días con su imponente belleza mientras desayunaba.

Se acababa de encender un cigarrillo cuando un tornado entró por la puerta.

—Jennifer Stone, por tu madre, ¿cómo es posible que Thomas sepa más cosas de tu boda que yo? ¿Es que ya no me quieres? ¿Esto es un complot para acabar con mi corazón hecho pedazos?

Claire y su drama se sentaron a su lado en la terraza y se encendió también un cigarrillo. Ella no era como Jenn, que estaba enganchada a ese vicio espantoso, pero de vez en cuando le apetecía y se fumaba uno. Luego podía pasar semanas sin volver a hacerlo. Pese a todo, después de su conversación mañanera con Thomas le apetecía encenderse tres a la vez.

—¿Ya te has desahogado? —preguntó Jennifer. Conocía bien a su amiga para saber que ese era su modo de actuar.

Claire suspiró y asintió. Parecía haberse quitado un peso de encima. Ella era así, un tanto volátil, capaz de explotar un segundo y sosegar al siguiente como si nada hubiera ocurrido.

—Sí. Me encanta tu casa. ¿Puedo mudarme?

Las carcajadas de Cole se oyeron de fondo.

—¡Ni en tus mejores sueños, Claire!

Ambas rieron.

Claire se fijó en lo radiante que estaba su amiga, con una expresión en el rostro que la hacía brillar de pura felicidad. Ella arrugó el suyo. Maldita fuera, debía prepararle la mejor ceremonia posible, aunque fuese de la mano de Thomas Carter.

—Cuéntamelo. ¿Cómo vas con la boda?

Jennifer sonrió satisfecha y comenzó a parlotear sobre menús, flores, orquestas y vestidos. Para ser una persona que nunca había parecido tener fascinación por las bodas, se había convertido en una experta y parecía más emocionada que nunca.

Cuando Claire comenzó a sentirse mareada y en su cabeza se mezclaron el tul, las peonías y un plato de foie confitado con frambuesas, se echó a reír.

—Jenn, ¿es una locura! ¿No se supone que es una boda íntima?

—Y lo es. Treinta y siete invitados.

—Entonces, ¿por qué tanto lío? Un vestido mono, unas copas y un baile como Dios manda.

Jennifer parpadeó confundida por las palabras de su amiga. Al instante, Claire se dio cuenta de que no tenía ni idea de que una boda, incluso la más sencilla, pudiera implicar tanto, así que disimuló para que su amiga no entrara en histeria y se arrepintiera de la tarea que le había

encomendado. No deseaba llevarla a cabo con Thomas, pero comenzaba a estar de lo más ilusionada por participar en algo tan especial para Jennifer, y nada menos que con una misión de honor como lo era officiar la ceremonia.

—¡Estaba bromeando! Cuenta conmigo para lo que necesites. Compras, encargos, ¡lo que sea! Soy toda tuya de aquí hasta que des el «sí quiero».

La mano de Jennifer encontró la suya y la apretó con cariño.

—Gracias, Claire. Sabía que no me fallarías.

Sonrieron.

—Me ha llamado Thomas.

Un leve arrepentimiento sobrevoló la mirada de Jennifer y asintió con cautela.

—Ayer nos pidió tu teléfono.

Claire chasqueó la lengua.

—Deja de sentirte culpable, Jenn. Sabíais que antes o después tendríamos que hablar. Por eso habéis hecho esto.

Su mejor amiga pareció repentinamente incómoda, lo que a Claire le confirmó que, pese a que era una teoría que se le acababa de ocurrir, quizá algo de razón tenía.

—No, no ha sido por eso. Al menos... no solo por eso. Yo quería que tú lo hicieras. Y Cole que fuera Thomas el que officiara el enlace. Discutimos. Acabamos reconciliándonos en la cama. Volvimos a discutir y no llegamos a ninguna conclusión más que la de que no era nuestro problema que no os pudierais ni ver, así que...

Claire observó conmocionada la verborrea repentina de su amiga y se dio cuenta de que su enemistad con Thomas los había salpicado de alguna manera en la que no había reparado.

—¡Frena, Jenn!

Ella lo hizo, dejó la explicación a medias y cogió aire antes de disculparse de nuevo.

—Lo siento. Quizá debería habértelo preguntado a solas primero y no hacerte esa encerrona el día del restaurante.

—Quizá.

Claire estaba de acuerdo con eso, aunque también se conocía lo bastante a sí misma, tanto lo bueno como lo malo, para aceptar que, de haber hecho eso, jamás habría aceptado aquella proposición. En cambio, con Thomas delante, era incapaz de dejarlo ganar en algo, aunque la competición solo existiera para ellos.

—No te preocupes, Jenn. Al fin y al cabo, de pronto tengo muchas más posibilidades para sacarlo de quicio.

Jennifer se echó a reír. Solo Claire podía ver aquello como una oportunidad para que Thomas enloqueciera.

—Mientras mi boda salga bien, por mí como si os tiráis de los pelos el resto del tiempo.

No fue una orden, pero a Claire le sonó como tal y se prometió cumplirla.

Pasó el resto del día de compras. Pocas cosas la relajaban tanto como pasearse por las tiendas, probarse mil prendas y darse algún capricho que no dejara temblando su cuenta corriente.

Cuando llegó a casa, eran más de las siete y se sentía agotada. Se desnudó, tirando la ropa por el salón según se dirigía al cuarto de baño, y se metió en la ducha. Disfrutó de la sensación del agua templada en la piel, se exfolió con paciencia con una crema con olor a fresas que le había regalado Jenn en su último cumpleaños, dedicándose tiempo a sí misma.

Salió del baño con la toalla enroscada a su cuerpo y goteando en el mismo momento en el que el timbre sonaba.

—¿Quién narices...?

Seguro que era la pesada de Anne, su vecina. Era una mujer mayor adorable y que se preocupaba de que Claire se alimentase decentemente de vez en cuando, pero también era de lo más inoportuna y, aquella tarde, Claire no tenía ganas de cháchara.

Caminó descalza por el pasillo, mojando el suelo sin poder evitarlo, y abrió la puerta de malas maneras pensando en mil excusas para que Anne no se colara en su salón y acabaran las dos viendo una reposición de algún horrible pero adictivo *reality show*.

No obstante, su cerebro se quedó completamente en blanco y anuló cualquier capacidad de reacción por parte de Claire al descubrir quién esperaba al otro lado.

Thomas tenía la dirección de Claire Dillon. No se la había dado Jennifer; sabía que, de habérsela pedido, era demasiado leal a su amiga para hacerle otra encerrona de ese tipo sin avisarla primero. Así que se la había pedido a Cole, aunque para ello había tenido que contarle la conversación telefónica que había mantenido con Claire.

Cole se había mostrado encantado con la idea de que Thomas se presentara allí por sorpresa y descolocase a Claire. Había sido tan sencillo convencerlo que a ratos Thomas pensaba si en verdad no sería una idea espantosa.

Cuando llegó a la calle de los apartamentos en los que Claire vivía, se sorprendió. Se la había imaginado en una de esas zonas plagadas de universitarios todo el día borrachos, haciendo fiestas en una piscina comunitaria y medio desnudos por los pasillos.

Sin embargo, lo que se encontró fue un vecindario tranquilo, familiar y bonito.

Tenían un pequeño jardín en la parte central y una piscina, pero no llena de jóvenes luciendo torsos bronceados y minúsculos bañadores, sino que en ella flotaban colchonetas infantiles.

—Vaya vaya con Claire Dillon—susurró.

Subió las escaleras exteriores que llevaban a las puertas de los apartamentos y buscó el

número veinte. En un lateral, había una jardinera con unas pequeñas flores amarillas.

Cogió aire y llamó, preparado para enfrentarse al huracán Dillon, aunque con la esperanza de que ella se quedara a cuadros al verlo, porque su respuesta solo había sido una salida de tono al sarcasmo de ella.

«A las ocho yo estaré pintándome las uñas en mi casa. Pásate tú, si quieres, y me ayudas con la mano derecha».

Miró el reloj y llamó. Eran las ocho en punto.

Enseguida escuchó sus pisadas rápidas desde el otro lado y juraría que la oyó maldecir. Thomas sacudió la cabeza, ¿es que siempre estaba enfadada?

Cuando abrió la puerta, Claire se encontró con la persona que menos esperaba ver. Allí estaba Thomas, vestido con uno de sus impecables trajes, con su pelo de modelo perfectamente ordenado y una expresión de suficiencia. Y ella... ella bajó la mirada a sus pies y se dio cuenta de que estaba empapada, con una toalla ridícula cubriendo su desnudez y el pelo revuelto mojado pegado a la cara.

Thomas sintió que su seguridad se tambaleaba un poco. Estaba convencido de que su aparición descuadraría a Claire, pero no se esperaba que ella abriera la puerta medio desnuda y mojada y que fuese él el que se quedara sin voz.

Su rostro sin pizca de maquillaje y con los mechones de pelo descontrolados cayendo por su frente era el de una muñeca. Sus ojos redondos y azules, su nariz respingona cubierta de pecas, sus labios entreabiertos por la sorpresa. Su cuerpo se veía bronceado y torneado, solo cubierto por una toalla esponjosa de color amarillo. Thomas la observó de arriba abajo, hasta encontrarse con sus uñas de los pies pintadas en un divertido tono turquesa. Su cabeza actuó antes de que supiera qué estaba haciendo y se imaginó la toalla en el suelo y lo que escondía debajo...

¿Por qué demonios se estaba imaginando a Claire Dillon desnuda?

Thomas suspiró, intentando olvidar que no era la primera vez que lo hacía, y fingió una media sonrisa antes de armarse de valor para simular que controlaba la situación.

—¿Qué estás tú haciendo aquí?

Él alzó las cejas, como si la pregunta de Claire lo ofendiera.

—Habíamos quedado a las ocho.

Ella se abrazó con fuerza el pecho al sentir un escalofrío cuando los ojos de Thomas se pasearon por su cuerpo. Fue consciente de que estaba desnuda. O casi. Que una simple brisa podría hacer que su toalla se moviera y, con su suerte, seguro que acabaría enseñándole sus vergüenzas. ¿Se había depilado?, tras hacerse esa pregunta, Claire frunció el ceño y se odió por haber tenido ese pensamiento.

—Vale, no recordaba que estaba tratando contigo. ¿Tus deficiencias no te permiten captar el sarcasmo? Porque no estaba hablando en serio, Thomas.

Él se encogió de hombros, aún sin moverse un milímetro de su sitio.

—Quizá es que lo que tu consideras una broma para los demás no tiene ni puta gracia.

Ella puso los ojos en blanco y se apartó con resignación para que entrara en su casa. Al fin y al cabo, cuanto antes acabaran con ese suplicio, mejor para todos.

—Pasa, anda. Te diría que te pusieras cómodo, pero prefiero que desees marcharte cuanto antes.

Él la siguió sin poder contener una sonrisa. Sus pies descalzos resonaban por el pasillo de forma ruidosa. Para lo pequeña que era, siempre se la percibía. Eso era algo que Thomas había pensado siempre de Claire. Era chillona, llamativa, ruidosa. Se hacía ver, para bien o para mal y, en aquel momento, Thomas fijó la mirada en su culo respingón.

—También te diría que siento el desorden, pero no es cierto. Es mi casa y no pienso avergonzarme.

Thomas se dio cuenta enseguida de a lo que ella se refería. Cuando llegaron al salón se encontró con un caos en toda regla. No estaba sucio, no era eso. Tampoco resultaba un lugar incómodo, pese a que había ropa tirada por todas partes. De hecho, pensó que era agradable, todo lleno de color, con un aroma sutil a flores y con vida en cada rincón.

Sin embargo, era obvio que para Claire el orden no era una prioridad.

La observó recoger un sujetador del suelo y mirarlo de reojo para comprobar si lo había visto. Thomas sonrió, porque fue una de las primeras cosas que captaron su atención, y no por lo que era, sino porque era de color rosa con pequeñas frutas.

—Dame un segundo. —Claire se dirigió a su dormitorio para vestirse, pero antes de desaparecer se giró y lo señaló con un dedo en alto—. ¡No se te ocurra tocar nada!

Thomas levantó las manos en señal de inocencia, pero, en cuanto ella cerró la puerta con más fuerza de la necesaria, ignoró su advertencia y curioseó sin control.

Las estanterías estaban repletas de cosas. Fotografías, entradas de conciertos, de cine, recuerdos de viajes de los que vendían en las tiendas de souvenirs y que a él le parecían una auténtica horterada, matrículas decorativas, sombreros, bisutería... todo lo que te pudieras imaginar, sin duda, podría encontrarse en los estantes de aquella casa.

Thomas estudió las fotos. En ellas se encontró a Claire con un grupo de personas que salían a menudo y que intuyó que serían familiares. Seguramente, sus padres y quizá hermanos. En otras cuantas salía con Jennifer. En algunas estaban tan jóvenes que sonrió. Se dio cuenta rápidamente de que Claire aparecía en todas ellas siempre con una sonrisa enorme. Era deslumbrante. Transmitía autenticidad. Pensó que él nunca la había visto sonreír así. Jamás. Solo en su primer encuentro, cuando se encontraron y se convirtieron en enemigos, su conversación había comenzado con una sonrisa cercana al coqueteo de lo más apetecible. Después, siempre que se cruzaban la expresión de ella era tensa, desafiante, cínica.

¿Qué habría que hacer para despertar en Claire una de esas sonrisas?

Al otro lado de la puerta y encerrada en su dormitorio, Claire estaba nerviosa. Sabía que no tenía por qué, Thomas sería un cretino pero era inofensivo, aunque no podía evitarlo. Pensaba en él paseando por su salón, curioseando sus cosas, seguramente criticando su desorden y formándose ideas sobre ella, y la inquietud aumentaba sin control.

Se puso la primera ropa interior que pilló y un fino vestido playero por encima. Se observó en el espejo del tocador y se peinó el cabello con los dedos. Era un desastre, como siempre, así que cogió una de las cintas que siempre usaba y se la puso con rapidez. Por último, cogió aire y salió para enfrentarse a Thomas, obviando el temblor de sus dedos.

## La cena

—¿Qué parte de no toques nada no has entendido? Porque creo que no podía ser una frase más sencilla.

Se dio la vuelta sorprendido y se encontró con Claire vestida. O lo que ella consideraba que significaba vestirse, porque a Thomas el vestido le parecía un trozo de tela minúsculo y tan fino que dejaba entrever el color de su ropa interior. Era morada y ridículamente pequeña.

Dejó en la estantería el recuerdo de Las Vegas que sujetaba en las manos, un pequeño muñeco de Elvis que movía las caderas al rozarlo.

—Estaba disfrutando de tu sofisticada decoración.

Para su sorpresa, Claire soltó una risita.

—Nadie en su sano juicio se reiría de mi colección de souvenirs.

—Tú ya piensas que estoy loco, así que...

Ella negó con la cabeza, desapareció un momento en la cocina para volver con dos cervezas y se dejó caer en el sofá.

—Yo no pienso que estés loco, no te equivoques. Los locos me gustan. —Fue él quien rio entonces—. Pienso que eres... una persona que no me gusta. No te ofendas.

Se encogió de hombros y Thomas hizo lo mismo con indiferencia, aunque una parte de él se sintió decepcionado. Se llevaban mal, era cierto, pero escuchar eso de cualquiera siempre hace daño. A todo el mundo le agrada gustar y aquella mujer acababa de confesarle con la misma naturalidad que el que habla del clima que él no le gustaba.

Se acercó a ella y se sentó al lado, pero lo más alejado posible de su cuerpo. Luego vio la cerveza y sintió el alivio del primer trago antes de cogerla.

—Gracias.

No obstante, Claire alargó su pierna y colocó su pie encima de la mesa, tapando la cerveza.

—Son para mí. Las dos. —Él alzó una ceja; por detalles como ese se recordó que Claire era insoportable—. ¿Qué? Necesito beber para que tu compañía sea más agradable. Cuando lleve tres, igual te veo hasta guapo.

Le guiñó un ojo y Thomas tuvo que asumir que la muy bruja tenía su gracia. Era divertida y comprendía que Cole siempre le contara entre risas anécdotas suyas o lo que fuera que le hubiera hecho reír a carcajadas.

Sin embargo, Thomas pensó que, con Claire, si quería estar a la altura de su juego, tenía que usar su mejor baza y esa era la de mostrarse tan seguro de sí mismo como ella. O puede que más, aun a riesgo de parecer el tío prepotente y soberbio que ella creía que era.

—Oh, vamos. Yo ya te parezco guapo, Claire. Con tres cervezas me encontrarías irresistible.

Ella se incorporó tan rápido que hasta se le cayó un poco de líquido sobre las piernas.

—¿Qué?

—Vamos, no puedes negarlo, pero no pasa nada.

Thomas se mordió el labio para no reírse de la expresión desencajada de Claire. Parecía un dibujo animado. Uno de esos animalillos adorables a los que se les salen los ojos.

—¿De dónde te sacas esa idea, Carter? Tú no podrías gustarme ni con mil chupitos en vena.

—Bueno, después de un concurso de cócteles...

Entonces Claire entendía a qué momento se refería. Thomas estaba recordando la primera vez que se vieron, cuando ella chocó contra él. Era cierto que, de entrada, había pensado que era atractivo, pero solo tuvo que abrir la boca para que esa idea se evaporase. Además, él no tenía cómo saber qué había pasado por la cabeza de Claire al verlo. Era imposible.

Comenzó a reírse como una loca.

—¿Te pensaste que estaba ligando contigo?

Las lágrimas se acumularon en sus ojos mientras Thomas la miraba desconcertado. Era buena fingiendo. Joder, era buenísima; pero, en el fondo, él estaba seguro de que entre ellos había habido cierta conexión, aunque esta fuera tan efímera como para desaparecer un instante después.

—No lo pensaba, lo hiciste.

Thomas sonrió con dulzura y parpadeó efusivamente, imitando el rostro de Claire cuando alzó la vista y se encontró con el suyo en el California Beach tanto tiempo atrás.

—¡Yo no hago eso!

—Por supuesto que sí. También hiciste esto.

Thomas estiró el brazo hasta tocar el borde del vestido de ella, justo por encima de sus pechos.

—¡Pero si no te toqué!

En cuanto sintió los dedos de él en la piel se estremeció y los apartó de un manotazo.

—Sí me tocaste, Claire. Hiciste exactamente esto.

Thomas se acercó al cuerpo de ella, totalmente en tensión. Cuando lo hizo, Claire percibió el perfume varonil y su respiración tan cerca que sentía su calor golpeando su mejilla. La mano de Thomas rompió la distancia con lentitud, dándole a ella una oportunidad de negarse a esa demostración, pero Claire no se movió. No solo porque hacerlo significaría perder o demostraría que estaba nerviosa por su cercanía, sino porque una parte de ella deseaba sentir esa caricia.

Cuando él rozó la clavícula de Claire, ella cogió aire y no le apartó la mirada. Luego Thomas la imitó con exagerada dulzura y tuvo que contener una carcajada. Jamás pensó que Thomas Carter pudiera tener sentido del humor.

—Eres idiota, ¿sabes? Jamás pondría esa cara de imbécil para ligar contigo —dijo ella con cierto orgullo.

Se apartó y respiró de nuevo con normalidad al no sentir la mano de él en su piel. Luego se sintió traviesa. Si quería volver a tener ese control que parecía que Thomas, aún no sabía ni cómo, poseía desde que había llamado a su puerta, debía sacar a relucir sus mejores armas.

—Ah, ¿no? No te creo.

Entonces Claire se levantó sin dudar y se plantó frente a él. Thomas se puso repentinamente serio y observó a la mujer que tenía delante. Su vestido corto dejaba entrever sus muslos, más aún cuando puso una rodilla en el sofá y se tendió un poco sobre él. Al hacerlo, la tela se ahuecó y Thomas reparó en el comienzo de su sujetador. Ya intuía que Claire no tenía mucho pecho, pero era firme, ideal para su pequeño cuerpo y, de repente, de lo más apetecible.

Notó una leve tirantez en su pantalón.

Claire se acercó decidida y puso una mano sobre la camisa de Thomas. Después lo miró con todo el deseo que fue capaz, sin contenerse, con sus ojos expresivos fijos en la mirada expectante de él y se humedeció los labios con claro desafío. Las manos se agarraron a la tela suave que envolvía el torso de Thomas.

Él se perdió en la energía y sensualidad que ella desprendía. No estaba haciendo nada destacable y, aun así, no podía apartar los ojos de Claire. Lo hipnotizaba.

Cuando estaba a punto de levantar la mano y agarrarla por la nuca para que se acercara aún más, asumió que ella había recuperado las riendas de la situación. También que debía tener cuidado con la diminuta y malvada Claire Dillon.

Claire notaba las intenciones de Thomas. Sabía que él estaba pensando qué pasaría si se acercaba a ella y rozaba sus labios. A su alrededor el ambiente se había calentado lo suficiente para que ambos lo sintieran en la piel y que la excitación fuera obvia.

Sin embargo, solo se trataba de un juego. La seducción era posible con cualquiera que tuviera los sentidos despiertos, pero no significaba nada más, Claire lo sabía bien.

Se separó de Thomas de forma repentina y lo observó con las cejas alzadas y expresión de victoria.

—¿Lo ves? Creo que, entre eso que tú dices que hice aquel día y esto, hay una gran diferencia.

La vio marchar a la cocina y Thomas no pudo más que echar la cabeza hacia atrás y respirar profundamente.

Aquella promesa iba a resultar jodidamente difícil.

Ya en la cocina, Claire se agarró al borde de la encimera y se rio como una niña.

¿Qué acababa de pasar? Vale, sí, le había demostrado a Thomas que ella mandaba, pero también se había excitado como una auténtica principiante.

Cogió otra cerveza para ofrecérsela a él, un bol de patatas fritas y volvió al salón con la intención de acabar cuanto antes con esa inesperada visita.

—Estás de coña.

Thomas dejó caer las manos sobre sus piernas con cansancio. Estaba perdiendo la paciencia.

Desde que Claire se había relajado y le había ofrecido una nueva cerveza fría —las otras se habían templado más que el ambiente— en señal de aparente tregua, habían intentado sentarse y hablar relajadamente sobre la idea que tenían para preparar la boda. Había una parte ya preparada que debían leer sin más, la que correspondía al momento de la unión y que se repetía en cualquier enlace en menor o mayor medida, pero el resto debía salir de sus cabezas y corazones. Esas habían sido las palabras de Jennifer, aunque del corazón de Claire en ese instante solo salían lanzas y Thomas comenzaba a cansarse.

—¿Por qué?

—No podemos decir eso.

Él había sugerido hablar de las almas gemelas, de esas que están predestinadas a encontrarse, pero Claire no dejaba de reírse y criticar cualquier cosa que proponía.

—Es bonito.

—Es hortera.

—Es una boda.

—¡Y no por eso tiene que parecer una canción de baile de fin de curso!

Suspiró y no pudo evitar imaginarse a Claire con muchos años menos y aparato en los dientes. No tenía ni idea de cómo había sido su aspecto, pero por lo poco que la conocía, se la imaginaba así, con su pelo alborotado recogido con gomas de colores, faldas cortas con la tripa al aire y prendas flúor con las que llamar siempre la atención. Quizá no encajaba con el perfil de adolescente popular, pero lo habría sido por otras causas. Seguramente, habría abanderado la defensa de alguna causa social, se habría atado a un árbol o gritado por las injusticias entre el alumnado. Era de esas. Lo seguía siendo, aunque en la actualidad lo hacía a través de un espacio en una publicación digital.

—Me apuesto lo que quieras a que eras de las que criticaban esos bailes desde el periódico del instituto —se aventuró Thomas.

Ella puso los ojos en blanco y no se amilanó. Había acertado de lleno, lo que Thomas no intuía era que el pasado de él era igual de previsible que ella.

—Obvio. Tú tienes pinta de haber salido con la reina del baile. O con una de sus amigas. Jugabas al fútbol y os dabais el lote debajo de las gradas. No hace falta que me lo confirmes. —Él soltó una carcajada y apartó la vista algo avergonzado; Claire había dado en el clavo—. ¿Ves? De haber compartido instituto, tú te habrías burlado de mi grupo de debate y yo te habría criticado por ser un superficial y un clasista. Estábamos predestinados a odiarnos.

Thomas asintió, aunque ella se equivocaba en una cosa. Jamás había sido clasista. De hecho, pese a ser afortunado en sus años adolescentes, había sufrido una situación familiar complicada y se había visto obligado a trabajar muy pronto para ayudar a su familia. Nadie le había regalado nada. Todo lo que había conseguido había sido por su constancia y esfuerzo y jamás había formado parte de la lucha de clases que siempre se respiraba en los institutos. Si a él le habían aceptado los populares, había sido gracias a su aptitud para los deportes y a su cara bonita, y se había aprovechado de ello, no iba a negarlo tampoco.

—Has dado de pleno, menos en una cosa. No me habría burlado de ti.

Claire se rio como una loca.

—¡Venga ya! No hay necesidad de mentirme, ¿o es que intentas impresionarme? Lamento decirte, Carter, que vas a necesitar algo más que eso.

Thomas negó con la cabeza y le dio un trago largo a su botellín. Comenzaba a encontrarse a gusto.

—No te miento, porque yo formé parte del grupo de debate de mi instituto.

Ella abrió la boca sorprendida.

—¿En serio?

—Como te lo cuento. Y no solo eso, me enrollé con la amiga de la reina del baile, se llamaba Nancy, pero después salí durante dos años con la encargada del periódico. ¿Cómo te quedas?

Claire bebió de su cerveza sin dejar de estudiarlo y sin disimular su asombro. Tal vez, Thomas era más de lo que parecía a simple vista. Quizá se había equivocado al juzgarlo tan duramente, al menos un poquito. No se lo confesaría, por supuesto que no, pero comenzó a mirarlo con ojos curiosos.

—¿Qué te parece si dejas que la experta en textos se ocupe de esto?

—Debemos hacerlo los dos, Claire —dijo sin ningún atisbo de duda.

—Lo sé, solo deja que perfile un poco la idea y luego trabajamos sobre ella.

A Thomas no le pareció mal, así que asintió. Al fin y al cabo, él no tenía ni idea de escribir, mucho menos acerca de sentimientos. Además, Claire parecía más tranquila, había dejado de lado a la mujer desafiante y dispuesta a saltar que era siempre en su presencia, y pensó que, quizá, podían comenzar a trabajar de un modo más llevadero.

Ella se sentó frente al teclado y empezó a teclear a toda velocidad, sin prestar atención a nada más. Thomas observó asombrado los gestos de su rostro; de vez en cuando, arrugaba la nariz y sacaba la lengua, maldecía por lo bajo o sonreía de forma repentina. Era tan expresiva en todo lo que hacía que resultaba estimulante.

En un momento dado, ella pestañeó y lo miró fijamente. Se había quedado tan hipnotizado que no se había dado cuenta de que no le quitaba ojo.

Thomas carraspeó y se levantó algo incómodo.

—¿Quieres que prepare algo de comer? Son más de las nueve y ni siquiera he cenado.

Ella movió la mano en señal de asentimiento.

—Coge lo que quieras de la nevera. Y tengo hambre, así que no te cortes con las cantidades.

Thomas sonrió y se dirigió a la cocina. Era pequeña, pero estaba aprovechada al máximo y allí el caos de Claire estaba controlado. Había un montón de fruta sobre la mesa y, cuando abrió la nevera, se encontró con las baldas a rebosar de comida. A Thomas le parecía increíble que una persona que viviera sola pudiera tener la cocina tan repleta, pero le gustó saber que Claire era de buen comer.

Sacó una bandeja de pollo, unos pimientos, una cebolla y cogió una lima del frutero. Troceó todo y lo puso en la sartén. Enseguida el aroma de las verduras friéndose llenó la casa y llegó hasta la nariz de Claire, cuyo estómago rugió. Se moría de hambre, aunque aceptaba que era una de esas personas que siempre tenían apetito.

Thomas encontró un paquete de tortas de maíz y las colocó en unos boles, antes de llenarlas con el contenido de la sartén. Para terminar, exprimió la lima sobre los platos, un toque que le había enseñado su padre y que le daba un punto exquisito a ese plato. Lo puso todo en una bandeja y volvió al salón.

Cuando Claire alzó la vista, se encontró con Thomas regresando de la cocina. Tuvo que parpadear para enfocar la mirada y sintió una presión extraña en el estómago que no esperaba. Se había concentrado tanto en lo que estaba haciendo que hasta había olvidado que Thomas estaba en su casa. Se había quitado la americana y desabrochado los primeros botones de la camisa. También se había subido las mangas hasta los codos. Su pelo seguía tan peinado como siempre, Claire pensaba que debía de usar pegamento extrafuerte para mantenerlo tan fijo, pero sus ojos estaban más cansados, menos tensos. La naturalidad al verlo tan tranquilo por su casa, cocinando para ella, dando un sorbo a la cerveza al volver a sentarse en el sofá, la impresionó sobremanera.

—Huele muy bien —susurró ella un poco descolocada.

—Mejor sabe, te lo garantizo.

Comieron en silencio. Claire giró la pantalla del ordenador para que él pudiera leer lo que había escrito mientras cenaban. Ella gimió al primer mordisco. Estaba delicioso, lo cual, no sabía muy bien por qué, le molestó. Quizá, la posibilidad de descubrir virtudes en Thomas hacía que odiarlo con tanto ahínco se complicara por momentos.

En su cabeza, Thomas era un ser horrible y no había nada bueno en él. Daba igual todo lo que Jennifer insistiera, que para ella no había ninguna posibilidad de creer en las supuestas bondades de ese hombre. No obstante, verlas con sus propios ojos lo cambiaba todo, porque ante la realidad no se podía fingir.

—¿Te gusta?

La respuesta de Claire fue servirse otra tortita y él sonrió.

—Hay un sabor que no reconozco.

—Es la lima. Mi padre siempre las hace así, pensé que podría gustarte.

Ella asintió despacio, saboreando cada mordisco.

—Está bueno. ¿Qué te parece? —señaló la pantalla con los ojos, intentando cambiar de tema.

—Me gusta. Es divertido y sentido. Aunque que sea lo tuyo te lo ha puesto fácil —dijo Thomas frunciendo el ceño. Ella sonrió con orgullo.

—¡Lo sabía! A partir de aquí, podemos trabajar y añadir o modificar lo que queramos. Jenn me ha dicho que la ceremonia tiene que ser amena, pero cuentan con un mínimo de media hora.

—¿Eso no es mucho?

Ella asintió y se encogió de hombros.

—Sí, tendremos que quedar más días. ¿Cómo tienes esta semana?

Thomas, entonces, recordó que tenía unas semanas de locos. Cole y Jenn le habían contratado para servir el catering de uno de sus restaurantes y, pese a que podía delegar en sus trabajadores, quería encargarse él para que todo saliera perfecto. De hecho, ellos no lo sabían, pero no pensaba aceptar un dólar, sino que sería su regalo.

—Lo tengo complicado. —Entonces, al ver a Claire rebañar su plato con la lengua, sonrió y se le ocurrió una gran idea—. Tal vez te apetezca acompañarme el viernes en el trabajo. Cole y Jenn han dejado el catering en mis manos, ni siquiera quieren probar el menú.

—Sí que confían en ti, sí.

—Si te apetece, puedes acompañarme a la prueba de cocina y mientras comemos, trabajamos en esto.

Claire sonrió como una niña.

—¿Comer y beber gratis? ¡Me apunto!

Ambos rieron y él negó con la cabeza.

—Nadie ha dicho nada de beber.

Claire le dio un codazo cómplice.

—Venga, Thomas. Ya que tenemos que aguantarnos, al menos que sea divertido.

## El trato

Claire salió de casa nerviosa. No tenía motivos, solo se trataba de una comida a plena luz del día en un restaurante mientras trabajaban un texto. No se distinguía demasiado a cualquier cita laboral que hubiera tenido antes.

Sin embargo, la compañía sí que era distinta. Thomas Carter, lo quisiera ella o no, la mantenía siempre en un constante estado de alerta. Ya no le enfadaba tanto el simple hecho de tener que verlo, pero sabía que tampoco podía bajar la guardia con él.

Hacía calor, así que había escogido un vestido corto, sus inseparables Converse y se había recogido el pelo con una de sus cintas. No quería impresionar a nadie, pero no pudo evitar estudiar su reflejo antes de salir de casa y guiñarse un ojo a sí misma. Le encantaba verse bien y aquel día se sentía guapa.

Thomas la había citado en otro restaurante que no conocía. A Claire le sorprendía que un hombre tan joven pudiera ser dueño de tantos locales en una ciudad como Los Ángeles, lo que hacía que una parte de ella desconfiara al instante. Jennifer le había contado que nadie le había regalado nada, pero le costaba creerlo; menos aún al recordar su primer encuentro y cómo él quiso comprar su valoración.

El lugar se encontraba a pie de playa. Era una construcción blanca con detalles en madera y un nombre, Coconut, muy acorde con la zona y tan típico que le hizo poner los ojos en blanco.

En cuanto empujó la puerta, se dio cuenta de que el restaurante estaba cerrado al público y el corazón se le puso en la garganta. Eso cambiaba las cosas. Se había imaginado una comida tranquila rodeados de gente, no volver a pasar horas a solas con Thomas.

No había querido pensar en ello, pero la última noche en su casa había comenzado a sentir un cierto interés por ese hombre que prefería enterrar cuanto antes. Lo que había empezado como siempre, con ambos a la defensiva y con cierta tirantez, se había transformado en una velada tranquila en la que se habían reído y que había hecho que conociera un poco mejor a Thomas. No iba a negar que algunas cosas la habían sorprendido.

Thomas la vio entrar un poco cohibida, lo cual era raro en Claire. Salió de la barra a su encuentro y sonrió.

—Hola, ¿has tenido problemas para encontrarlo?

¿A qué venía esa pregunta tan estúpida?, pensó Thomas. El local no tenía pérdida, estaba en una de las zonas más conocidas y Claire conocía muchos de los restaurantes de alrededor a fondo por su trabajo.

—No, tranquilo.

No obstante, estaba nervioso. Al principio le había parecido una idea de lo más práctica que

ella lo acompañara ese día; iba a estar solo y mientras tanto podían avanzar en el tema de la ceremonia; además, de ese modo contaría con una opinión para la elección de menú.

Pese a ello, después ya no le había parecido tan apropiado.

Se había marchado de casa de Claire inesperadamente contento. Había descubierto que era una persona con la que se podía conversar y que su ingenio no solo se reflejaba en sus escritos, sino también en su sentido del humor y en su modo de ver la vida. Era chispeante. Y por ese motivo, tal vez, estar a solas con ella de nuevo rodeados de comida y bebida no era tan buena idea.

—Pasa, comeremos en la cocina. El equipo ya ha dejado preparado todo para que probemos y escojamos. No es lo mismo que comerlo recién hecho, pero podemos hacernos una idea de qué puede encajar mejor con Cole y Jennifer.

Claire tragó saliva y asintió. Luego lo siguió por las puertas batientes y entraron en una inmensa cocina donde había una mesa central llena de bandejas cubiertas con su correspondiente tapa metálica.

Si el cielo existía, Claire pensó que debería oler así de deliciosamente.

Él le indicó que se sentara, pero ella no le hizo caso y se paseó por la cocina, observando todo y un tanto asombrada por cómo era estar en una cocina profesional.

Thomas no podía dejar de mirarla. No dejaba de preguntarse qué pasaría por su cabeza, mientras pasaba los dedos con lentitud por las encimeras y observaba fascinada los utensilios de cocina, algunos tan sofisticados que ni él sabía para qué servían.

Nada más verla entrar había recordaba por qué la odiaba; en aquel momento, lo había hecho por presentarse con un vestido como ese. Corto, ajustado, de color menta. Su pelo revuelto tras una cinta rosa a juego con sus zapatillas. Según caminaba a su alrededor, sus ojos se desviaban sin querer a su trasero, marcado hasta el límite de la cordura bajo esa tela.

Sin duda, la idea de Thomas había sido pésima.

Se acercó a la nevera y sacó una botella de vino blanco. Aquella tortura solo podría superarse con una copa. Sirvió dos y le acercó una a ella, que aceptó.

Después del primer trago, y sin dejar de mirarlo con determinación, Claire lanzó una pregunta que la estaba matando por dentro.

—¿Cuántos restaurantes tienes, Thomas?

A él le sorprendió que le preguntara por eso tan directamente, pero disimuló bien y no tuvo reparos en contestar. Estaba muy orgulloso de lo conseguido, pese a lo que pudiera pensar Claire de sus métodos para hacerlo.

—Tres. Este aún no está abierto al público por un retraso con los permisos pertinentes, pero lo usamos para casos como esta boda.

—¿Y el California Beach?

Ambos se tensaron al recordar aquel bar y todo lo que significaba para ellos.

—Ese fue el primer negocio que abrí.

Claire dio un trago y después se cruzó de brazos.

—¿Algo más?

—¿Me está investigando, señorita Dillon? —bromeó él con una media sonrisa que a ella se le anudó al estómago.

—No, solo quiero saber con quién voy a sentarme a comer.

—El BK Club lo llevo a medias con un socio. —Claire abrió los ojos sorprendida, porque había estado en aquel pub con amigas un par de veces y le gustaba—. Nada más. Abrí un gimnasio el año pasado, pero lo vendí unos meses después. No es lo mío.

Claire no sabía ni qué pensar. Sabía que Thomas era un hombre de negocios, pero la imagen que se había formado de lo que debía ser una posición como la suya no encajaba del todo con la que estaba descubriendo. Se había imaginado al típico jefe déspota, prepotente, incapaz de entrar en una cocina y que solo se manchaba las manos para lo malo, no para trabajar como cualquier otro empleado.

Sin embargo, el Thomas que había comenzado a conocer no se parecía a ese hombre. Había cocinado para ella y comido con las manos en el sofá de su casa, se mostraba comprometido con Cole y Jennifer, tanto en la parte de la ceremonia como en lo referido al menú y, en ese instante, estaba colocando cacerolas como si no le importase en absoluto mancharse su camisa blanca impoluta y elegante.

—¿Nos sentamos?

Claire asintió y él hizo lo mismo a su lado. Luego carraspeó y sacó una carpeta de su bolso para enseñarle lo que había ideado para la ceremonia.

—Mira, he hecho dos copias. Se me ocurrió que podíamos ir alternándonos la lectura y contando anécdotas personales, en tu caso con Cole y en el mío con Jennifer. De ese modo, las partes más emocionales se mezclarán con las más distendidas.

Él leyó por encima el texto y asintió.

—Me parece bien.

—Oh.

—¿Qué pasa?

Claire no pudo contener más sus nervios y rompió a reír.

—Pensé que me lo pondrías más difícil. Te estás relajando, Carter.

Ambos rieron y se sirvieron más vino.

Luego Thomas comenzó a destapar las bandejas y a explicarle a Claire en qué consistía cada plato. No había descartado nada de la carta, porque quería lo mejor para Cole y Jennifer y dudaba de todo.

—¿Y si elijo el pastel de langosta y Jennifer odia esas texturas? ¿Y si cojo el solomillo a la

frambuesa y preferían el entrecot a la pimienta? ¿Y si el mousse de chocolate blanco es demasiado dulce para una boda en julio?

Claire se le quedó mirando boquiabierta antes de romper en ruidosas carcajadas. Se rio tanto, frente a un Thomas con los ojos como platos, que sintió las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Ay, Thomas.

Él se cruzó de brazos, esperando que ella le explicara qué tenía tanta gracia.

—¿Has terminado?

Claire asintió y cogió aire para enfrentarse a otra versión totalmente inesperada de Thomas.

—Ha sido conmovedor ver que te preocupas tanto. —Él maldijo entre dientes y ella le palmeó su mano, antes de darse cuenta de que lo estaba tocando—. ¡Tienes que relajarte! Sé que es importante que todo salga bien, pero solo es comida.

Él asintió, pero Claire no lo entendía. ¿Cómo podía hacerlo? Todo su trabajo siempre era una responsabilidad y una presión tan fuertes que para él no existía otra posibilidad que hacerlo todo a la perfección y, para conseguirlo, la exigencia debía ser máxima, incluso consigo mismo. Así que miró a Claire y fue sincero:

—No puedo.

—¿Por qué no? Seamos honestos, si la comida fuera para impresionarme a mí y conseguir que pusiera tu carta por las nubes, entendería el esfuerzo —Thomas puso los ojos en blanco—, pero son tus amigos. Aunque la carne se quemara, jamás se quejarían, todo lo contrario, se reirían de ello y brindarían por el cocinero. Así que hagamos un trato.

Ella sonrió con malicia y Thomas supo que no debía firmar ninguna tregua con Claire Dillon, jamás podría fiarse de ella ni de sus segundas intenciones, pero, por una vez, la posibilidad de relajarse un poco era terriblemente tentadora.

—Habla.

—Olvídate de que eres el dueño de esto. Siéntate a comer como lo hago yo cuando tengo que valorar un restaurante. Disfruta, juzga y saborea y, cuando acabes, sé honesto contigo mismo y responde una cuestión: ¿qué te gustaría comer en tu boda? Lo primero que pienses, esa es la elección correcta.

Le guiñó un ojo, cogió una cuchara y la hundió en una crema de espárragos y trufa que aún soltaba humo. Cuando se la metió en la boca, cerró los ojos y gimió.

—Dios mío, Thomas. Quiero bañarme en esta sopa.

La sonrisa de él fue deslumbrante. Después asintió, cogió la otra cuchara e imitó a Claire.

## El postre

—¡Hagamos un concurso! Como el de cócteles del California Beach, ¿no es una gran idea?

Claire estaba achispada.

Después de lograr que Thomas soltara las riendas y dejara a un lado la postura siempre presente en él de jefe, se relajó y se convirtió en otro que resultaba para Claire de lo más asombroso. Había sido como presenciar el nacimiento de una mariposa después de romper el capullo de seda. Eso era exactamente, porque el capullo que siempre le había parecido Thomas Carter se había convertido en una mariposa un poco más atractiva a cada trago de vino.

—¿Qué propones?

—Apuntamos aquí los platos y los puntuamos. Los que más puntos tengan pasarán a la ronda final.

Thomas pensó que la emoción de Claire era contagiosa. Ya había descubierto que ella era sí de visceral para todo, tanto para lo malo, como odiarlo, como para lo bueno. Y no podía negar que eso la hacía tremendamente divertida.

Habían comido un poco de todo, pero habían bebido más. También habían charlado, y no solo de la ceremonia, ambos habían abandonado los papeles de Claire hacía un buen rato, sino de ellos mismos, de sus platos favoritos, de sus amigos y de las tonterías habituales que se le ocurrían a Claire.

Y, de repente, parecía una niña pequeña dando saltitos en su sitio ante la emoción de jugar a elegir algo tan importante como el menú para la boda de sus amigos.

Thomas pensaba en lo distintos que eran; para él, aquel compromiso, sin la compañía de Claire, habría sido un esfuerzo descomunal y, en cambio, ella lo había convertido con facilidad en un juego.

—¿Y qué se hace en la ronda final?

—¡Muy bien, caballero! —exclamó imitando la voz de un presentador de televisión; incluso cogió un tenedor como si fuera un micrófono—. La ronda final consiste en volver a probar un poco con los ojos cerrados y disfrutar al máximo de su sabor. Centrarte en sentir de verdad para captar los matices, las texturas, para ver más allá de lo que supone el plato en sí.

Él la observó anonadado, pero, pese a ello, sus labios dibujaron una sonrisa.

—Estás completamente loca.

—Ni que fuera una novedad.

Después de reducir la lista a media docena de platos, Claire preparó los que habían resultado finalistas. Volvió a colocar las tapas sobre ellos y los desordenó para que no pudieran hacer trampas. Luego se quitó la cinta del pelo, dejando que sus cabellos, siempre caóticos, cayeran en

parte por su rostro. Al encontrarse con la mirada de Thomas puesta en sus cortos rizos, se sintió un poco incómoda y se los peinó con los dedos.

—Es tu turno.

Se levantó y tapó los ojos de Thomas con la cinta. Cuando ya no podía verla, soltó el aire contenido.

Thomas no veía nada, pero sí sentía. Lo hacía sin parar. Primero, había sido compartir con Claire esa comida que, sin saberlo, se había convertido en algo de lo más excitante; diferente; ni siquiera pensaba ya en la boda, solo en seguirle la corriente y disfrutar con ella y de ella. Luego habían sido sus sonrisas. Recordaba verlas en todas y cada una de las fotografías que llenaban el apartamento de Claire y que se había preguntado qué tendría que hacer para que sonriera así; pues bien, había sido relativamente sencillo, porque cuando habían conseguido relajarse y olvidarse de quienes eran antes de todo esto, habían salido solas. Después, se había quitado la cinta con desparpajo y su pelo había saltado alrededor de su cara como si tuviera vida propia. Nunca se había sentido atraído por las mujeres con el pelo corto; tampoco por el pelo rizado. Sin embargo, en Claire resultaba de lo más sexi, le daba un aspecto salvaje y se preguntó cómo sería entrelazarlo con sus dedos. Y, por último, había sido su olor; un olor a fresas que había abofeteado a Thomas cuando ella se había acercado y le había colocado la cinta sobre los ojos. No sabía si era el aroma de su champú, de ella misma o una mezcla de ambas cosas, pero era absolutamente delicioso.

Claire le fue ofreciendo trozos de comida entre risas inevitables ante las caras de Thomas. Era un buen comedor, pero cuando te llevas a la boca algo con los sentidos en blanco es complicado aceptar su sabor hasta que los sentidos se activan y procesan esa información.

Fue divertido y ella aprovechó esos instantes con un Thomas a ciegas para observarlo a sus anchas. Su cabello, que parecía suave y sedoso; sin duda, mucho más que el suyo. La curvatura de su elegante nariz, que a Claire le parecía incluso un poco aristocrática. Su mandíbula, cuadrada y que se marcaba cada vez que masticaba. Su boca. Claire se fijó, sobre todo, en su boca. Tenía los labios bonitos, carnosos, rosados. Cada vez que los abría para acoger lo que Claire le ofrecía, ella temblaba.

¿Qué le estaba pasando? Era obvio, pero no quería aceptarlo, ya que se conocía tan bien que solo por hacerlo sería capaz de hacer mucho más que no se podía permitir. No, con Thomas. No, con el que aún, al menos de cara para fuera, era su enemigo.

Intentó que la excitación se evaporase con el vino. Se rellenó la copa y bebió como si llevara meses a la deriva. Ante su silencio, Thomas se quitó la cinta y se encontró con Claire dándole buena cuenta a la botella.

—¿Te ha entrado sed?

Ella asintió, ignorando la mirada traviesa de él y el doble sentido de su pregunta. De hecho,

solo por eso supo que debía seguir odiándolo, porque por cómo la mirada era más que evidente que él había intuido sus pensamientos libidinosos y, en vez de ignorarlos, los hacía visibles para humillarla.

—Vale. Me toca.

Se puso la cinta ella misma para acabar cuanto antes con ese estúpido juego.

No comprendía por qué lo había planteado. No tenían quince años. Tampoco estaba intentando ligar con él. Solo había bebido demasiado, y se estaban divirtiendo, y se había dejado llevar por la esperanza de que, quizá, su enemistad con Thomas solo había sido un bache pasajero e incluso podría tener un aliado con el que divertirse en la futura boda.

Cogió aire y abrió la boca, aguardando el primer bocado y rezando para que aquella tortura terminara pronto. Entre otras cosas, porque no había pensado que estar en ese lugar iba a ser mucho más difícil que en el otro. Porque con la vista anulada... todo lo demás se intensificaba.

No veía a Thomas, pero lo sentía. Estaba cerca. Su respiración sonaba bajito y se chocaba con la piel de Claire, poniéndola de gallina. Sintió que se le erizaba en la zona del cuello y pensó que debía de estar muy cerca para poder percibirlo de tal modo. Eso o que su cuerpo estaba tan despierto que daba miedo.

No veía a Thomas, pero le olía. Su perfume llenaba la cocina desde el primer momento, pero en aquel instante casi se pegaba a su propia piel.

No veía a Thomas, pero le notaba en cada parte de su cuerpo como una caricia imposible.

Claire suspiró entrecortadamente cuando un trozo de comida rozó sus labios muy despacio.

Intentó concentrarse en lo que estaban haciendo, en los sabores, en las texturas, en los matices que hacían de cada mezcla única, pero no se le iba de la cabeza la posibilidad de que Thomas la estuviera observando del mismo modo que ella lo había observado a él. Con curiosidad. Con ganas. Con deseo.

Movió una pierna y se dio cuenta de que Thomas había movido su silla y que su rodilla chocaba contra la de él. Colocó la mano sobre la mesa para sujetarse, porque la embargó una sensación de pérdida de equilibrio importante, y se encontró con el brazo de Thomas también en ese lado.

Todo era él.

Se le puso el estómago del revés.

Thomas había perdido la cabeza. Si la Claire gritona y gruñona le hacía perder el juicio en el mal sentido, la callada y expectante podía volverle loco del todo.

No podía apartar los ojos de su boca. Deseaba probarla; sustituir el tenedor por sus labios y averiguar a qué sabía ella; lamerla y perderse en su cuerpo como si fuera uno de los postres que reposaban en la nevera y que aún no habían catado.

Se sentía descontrolado, pero era una sensación increíble. Además, sabía que era mutuo; el

silencio de Claire, su respiración errática y la forma en la que su vestido dejaba a la vista la dureza punzante de sus pechos se lo decían.

—Crema de setas —susurró—. Quiero que la descartes.

Thomas asintió y apartó el plato a aquellos que estaban descartando del menú, aunque los dos parecían haber olvidado hacía tiempo el objetivo de todo aquello.

Le dio un poco de vino para que bebiera un sorbo y no mezclara el sabor con lo que iba a darle a continuación.

—No te muevas, ahora mismo vuelvo.

Se levantó y abrió la nevera, buscando algo con lo que sorprender a Claire.

Ella estaba fuera de sí. ¿Cómo podía estar tan excitada sin que la tocaran, sin que viera absolutamente nada, sin que hubiera sucedido nada memorable que la tuviera loca perdida? No lo entendía, pero tuvo que poner la mano sobre su rodilla derecha para que dejara de moverse en un tic incontrolable.

Percibió que Thomas se volvía a sentar. Esa vez, más cerca. Lo supo porque su mano se apoyó en su otra rodilla desnuda y Claire dejó escapar un suspiro entre dientes. Apenas hacía ruido, era tan silencioso que le entraban ganas de gritar, pero no lo hizo, porque la anticipación era dolorosamente placentera.

Notó que él tanteaba su boca con la cuchara. Abrió los labios y permitió que Thomas continuase con ese juego. En esa ocasión sintió una explosión dulce en su lengua, una mezcla que aún no habían probado y que él habría sacado de la nevera para sorprenderla. Percibió la cremosidad de la nata, el amargor del chocolate y la acidez de la fresa. Claire gimió y se relamió para limpiar los restos de sus labios. Le encantaba el dulce, era una golosa nata, pero de esa forma sabía diferente, la intensidad era otra y más aún de la mano de Thomas.

Su corazón empezó a latir a un ritmo desenfrenado.

—¿Qué te parece? —preguntó él en un susurro que la hizo estremecer.

—Delicioso. ¿Es tarta?

—Bocaditos de cacao y fresa.

—Me gustan.

—A mí también.

Claire sintió que esas palabras no se referían al postre. No entendía muy bien cómo era posible que Thomas y ella hubieran acabado así, jugando con fuego, porque el calor que lo envolvía todo era más que obvio.

No obstante, por mucho que pensase que aquello era un completo error, tampoco hacía nada para pararlo; no podía.

Volvió a notar el cristal de la copa en su boca y la abrió para saborear el vino. Dio un trago y se mostró de nuevo gustosa de continuar con ese juego.

Separó los labios y se encontró con el siguiente sabor. Crema avainillada y dulce caramelo. Sí, era increíble; sin embargo, lo fue más al no encontrar el frío de la cuchara bajo su textura, sino la suave piel del dedo de Thomas.

Su cuerpo tembló. Su respiración salió a trompicones. Notaba los latidos de su corazón retumbando en su pecho.

Thomas no sabía por qué había hecho aquello. Era osado y ciertamente estúpido, pero había sentido la fuerte necesidad de tocar la boca de Claire. Estaba tan... hermosa. Todo su cuerpo parecía expandirse a cada segundo que el juego se volvía más peligroso. Tan expectante. Tan confiada. Tan curiosa. Parecía inmensa, pese a ocupar la mitad de espacio en su silla que él.

Cada vez que se acercaba a ella su piel se erizaba. Su respiración sonaba más fuerte y casi podía ver el alocado latir de la vena de su cuello.

En aquel instante, Thomas habría jurado que, sorprendentemente, Claire Dillon era la mujer más bonita del mundo.

Ella había limpiado la yema de su dedo de crema con la lengua y Thomas había sentido su erección clavarse en su pantalón.

Quería más. Necesitaba más. Y cuando Claire se dio cuenta de que no había sido la cuchara lo que había lamido y en vez de quitarse la venda se había clavado las uñas en los muslos, supo que era el momento de dar un paso más.

Cogió una pequeña trufa del plato. Era uno de sus postres favoritos. Se acercó a Claire hasta que su rostro quedó muy cerca del suyo. Luego, se la colocó entre los dientes y se la ofreció de su propia boca.

Claire tragó saliva. Thomas estaba a su alcance, notaba su cercanía y, al respirar, su aliento se mezclaba con el de ella. Podía alzar una mano y agarrarlo para no soltarlo en toda la noche hasta estar saciada. Se lo imaginaba a cada segundo, pero una parte de ella intuía que la espera sería mejor y no se equivocaba. Estaba tan excitada que, si él ponía una mano sobre ella, saltaría hasta tocar el techo.

¿Qué vendría a continuación? No tenía ni idea, pero eso era lo mejor de todo. Además, confiaba en Thomas. Jamás lo habría creído posible, pero ese hombre la hacía sentir segura, incluso sin sus ojos. Esa revelación la dejó sin aire.

De repente, sintió que todo a su alrededor desaparecía. La nariz de Thomas rozó la suya y el olor a cacao se internó por su nariz mezclándose con el perfume de él. Claire mordió aquel manjar y lo saboreó antes de tragar, sin dejar de acariciar la nariz del hombre con la suya. Cuando el postre desapareció, cerró los ojos bajo su venda improvisada y gimió al sentir que lo que quedaba de chocolate se deshacía entre ambos y tocaba la boca de él.

El gemido que soltó Claire al rozar sus labios provocó que Thomas se olvidase de cualquier reticencia que aún tuviera. La sujetó por las mejillas con determinación y hundió su lengua en

aquella boca increíblemente sexi. Ella le devolvió el movimiento con seguridad, se agarró al cuello de Thomas y saltó a su regazo como si lo hubiera hecho antes miles de veces.

Se besaron como locos, descubriendo a qué sabía el otro, acariciando la piel expuesta, gimiendo sin pensar en dónde ni con quién estaban.

Claire pensó que las manos de Thomas eran tan expertas que explotaría de placer sin ni siquiera tocarla bajo la ropa.

Thomas creyó que no podría soltarla jamás.

El beso se volvió desesperado, tanto que ella le mordió con fuerza en la parte inferior y él gruñó. Se levantó con ella colgada a su torso y la apoyó sobre la mesa. Se separó lo justo para lanzarlo todo de un manotazo al otro lado y Claire rio a carcajadas cuando uno de los platos cayó al suelo y la cerámica se hizo pedazos.

Se miraron, ambos con los labios enrojecidos, las pupilas dilatadas y despeinados.

—Nunca creí que estos mechones fueran reales, parecían de plástico —se burló Claire, pasando la mano por ellos y descontrolándolos más aún.

Él sonrió con lascivia y ella se estremeció.

—Ni yo que esto pudiera considerarse vestido hasta que te vi con él.

Lo levantó por los muslos y ella se dejó hacer. Alzó los brazos para que pudiera quitárselo por la cabeza y se quedó en ropa interior, sonriéndole con coquetería. Hasta abrió las piernas con confianza, porque Claire era así. ¿Vergüenza? No conocía el significado de esa palabra y se sentía muy segura de sí misma. Tanto como para girarse lo justo, coger la copa de vino y beber si apartar los ojos de él.

Thomas no la odiaba, vale, había quedado claro. Sin embargo, en ese momento quiso hacerlo, porque viéndola así, medio tumbada, con esa ropa interior ridículamente pequeña, con su sonrisa seductora y bebiendo vino con la seguridad de que podía controlar a todos los hombres del planeta con un pestañeo supo que aquella mujer podría acabar fácilmente con su cordura.

Se quitó la camisa, los pantalones y la ropa interior. Después se ocupó de desnudarla a ella. Y, cuando los dos se observaron por primera vez sin nada que escondiera sus cuerpos, se lanzaron deseosos de fundirse en uno y hicieron el amor sobre la mesa de la cocina del Coconut.

Claire apenas podía respirar. Estaba exhausta pero más satisfecha que nunca.

Giró la cabeza, aún tumbada sobre la mesa, y se encontró con el torso de Thomas.

—Vaya contigo, Carter. Jamás lo habría imaginado.

Él se rio. Hasta después de lo que acababa de ocurrir Claire tenía que aportar su humor.

—No solo sé montar negocios y chantajear para conseguir opiniones positivas.

Le guiñó un ojo y se acercó a la nevera a por una jarra de agua fría.

Claire no se movió. ¿Por qué iba a hacerlo? Tenía unas vistas estupendas del trasero redondo de Thomas caminando por la cocina. Ni siquiera le molestaba notar algo clavándose en su espalda. Observó lo que la rodeaba y se mordió el labio alucinada; se habían dejado tanto llevar que habían roto un par de platos y había restos de comida por todas partes.

¿Qué más sabría hacer Thomas Carter? Quizá, podría averiguarlo.

Se incorporó y Thomas la miró sin esconder que recorría su cuerpo con descaro.

Si embargo, Claire tuvo un momento de lucidez y miró el reloj del horno.

—Mierda, tengo que irme. Debo ir a una fiesta a las ocho y debería ducharme para no ir con chocolate en el pelo.

Se bajó de la mesa de un salto y se vistió con rapidez. Thomas la imitó en silencio. Después Claire hizo amago de ayudarlo a recoger aquel desastre, pero él se negó.

—No te preocupes, yo me encargo de esto. Prefiero que me ayudes con lo otro.

Ella alzó una ceja confundida.

—¿Es una proposición guarra?

Thomas se rio.

—Me refiero a elegir los platos, y ni siquiera hemos tocado el texto de la ceremonia.

Sacudió la cabeza resignado. Nunca habría pensado que trabajar junto a Claire fuera complicado no por no soportarse o no conseguir ponerse de acuerdo, sino porque a partir de ese instante iba a ser un suplicio no ponerse las manos encima a la mínima posibilidad.

—Oh, el menú. Cierto.

Ambos se rieron con complicidad. Recordar los platos iba a ser difícil después de en lo que había consistido el postre.

Claire se acercó al bloc de notas en el que Thomas había apuntado los nombres de los platos y lo tuvo claro enseguida. Buscó el bolígrafo, que apareció bajo la mesa, e hizo una cruz en sus favoritos. Luego le dejó una copia del texto que ella había llevado para que le echara un ojo y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró y le sonrió traviesa.

—Ah, se me olvidaba el postre. Me quedo con las trufas, por supuesto.

Le tiró un beso y Thomas rompió a reír, aún sintiendo el sabor de Claire mezclado con el del postre de cacao en la lengua.

## La vergüenza

—¿Cómo va todo con Thomas? —preguntó Jennifer.

Claire se tensó y la voz le salió más aguda y punzante de lo normal.

—¿Qué pasa con Thomas? No sé por qué me preguntas eso.

Jennifer parpadeó confundida ante la reacción de su amiga. ¿Qué mosca le había picado? Últimamente, la veía más rara de lo habitual, y eso que Claire ya era una persona peculiar.

Estaban haciéndose la manicura en un centro de estética. Habían quedado a almorzar y después tenían que ir a recoger los zapatos de novia de Jennifer. Había sido todo tan exprés que apenas quedaban quince días para el gran día.

—Te lo pregunto porque me tranquilizaría saber que no lo has matado y que sigue en pie el plan de que oficiéis mi boda.

Claire se rio de una forma demasiado exagerada para parecer natural, se dio cuenta hasta la esteticista, pero Jennifer fingió no percatarse y no dijo nada.

—Sí, sigue vivo e igual de idiota. Y tu boda va a ser tan bonita que te vas a caer de culo, así que tranquila, aunque también te digo que, si fuese por él, ibas a llorar de la vergüenza. Menudo hortera está hecho.

Jennifer se rio sin remedio. No quería ni imaginarse la paciencia que tendría que estar demostrando Thomas para sobrellevar a su enérgica amiga, porque, pese a que ella adoraba a Claire y siempre estaría de su lado, también la conocía lo bastante para saber que podía ser un auténtico martirio.

Siguieron disfrutando del masaje de manos en silencio. Jennifer pensando en todo lo que le quedaba por hacer esos días, como la prueba de peluquería y cosas por el estilo. La mente de Claire, en cambio, viajó hasta otros momentos.

Había transcurrido un mes desde el día del Coconut. Un mes desde la primera vez que Thomas y Claire acabaron desnudos y sudorosos sobre la mesa de una cocina profesional. Y digo la primera vez, porque no había sido la única.

Después de aquello, habían quedado unos días después para de verdad terminar el texto y prepararlo para la boda. Claire estaba nerviosa. Al llegar a casa aquel día, pese a lo que le había gustado, se había prometido que no volvería a suceder. Principalmente, porque se trataba de Thomas. Jamás olvidaría cómo se habían conocido, y no solo eso, sino lo que vino después.

Tras publicar ese artículo, Claire había recibido cientos de mensajes de apoyo.

«Eres la mejor, Claire».

«Tu sinceridad es lo que la gente necesita».

«Me acosté con Thomas y no volvió a llamarme. Se merece todo lo malo que le pase».

Ese le había hecho especial gracia a Claire, al menos la primera parte. Sin embargo, a la vez que esos llegaron muchos otros opuestos, siempre sucedía, pero en esa ocasión le dolieron, porque muchos hablaban de Thomas y parecían honestos. Resultó ser un hombre mucho más conocido de lo que ella había pensado y muy respetado.

Así que, sin quererlo, en las redes sociales esa enemistad, que traspasaba la pantalla, se había descontrolado hasta el punto de que Claire sentía que acostarse con él era una especie de traición hacia sus seguidores y un poco hacia sí misma.

Siempre había sido una persona decidida y consecuente con sus palabras y actos. Y, en cambio, el segundo día que se habían citado la tensión sexual había sido tan brutal que ni siquiera se habían saludado. Antes de darse cuenta de que Thomas estaba en su casa, ya le había quitado la camiseta y sus shorts colgaban de sus tobillos.

Eran como animales que nunca se saciaban.

Al menos, se podía decir que sí habían avanzado con el asunto de la boda. Siendo honesta, Claire lo hacía casi todo, pero Thomas resultaba ser bueno añadiendo una pizca emocional al discurso que a ella siempre le costaba un poco más; de ese modo, rebajaba un poco el humor un tanto ácido de Claire.

No podía negar que se complementaban bastante bien también en esa tarea.

El tercer día, Thomas intentó no volver a caer en la tentación quedando con Claire en el BK Club, ya que ella le había dejado claro que el California Beach estaba prohibido. Había tanta gente que era imposible que hicieran nada más que hablar del texto. Se sentaron en una de las mesas y trabajaron, pero la música estaba alta, algunos grupos más animados de la cuenta y las luces no eran muy intensas como para que leer no costara. Por esos motivos, habían acabado en el despacho de Thomas. Claire había tenido que recoger sus bragas del ventilador de techo antes de marcharse.

El cuarto día, creían haber sido más listos que nunca. Habían quedado en un parque infantil. Se habían sentado en un banco como dos estudiantes haciendo un trabajo y todo había salido bien. Tenían un discurso que ocuparía sin problemas el tiempo que Jennifer y Cole les habían pedido que durase la ceremonia, y se habían repartido las partes. Solo debían ensayarlos un par de veces y ya cada uno lo memorizaría en su casa. Era sencillo. No tendrían que volver a verse hasta el día del enlace.

No obstante, algo se había torcido. De repente, una tormenta de verano los había pillado, habían corrido a resguardarse en un soportal y habían acabado haciendo el amor en un pequeño callejón oscuro mientras a su alrededor llovía a mares.

En resumen, Claire se había acostado con Thomas no solo una vez, sino cuatro. Y, pese a saber que ya se habían desfogado lo suficiente, no podía dejar de pensar cuándo sucedería la siguiente.

—Ah, por cierto, se me había olvidado. Ten. Thomas le ha dado cinco a Cole, dos se las ha

regalado a un amigo, y nos sobra una.

Jennifer sacó una tarjeta de su bolso. Era de color azul cielo y las letras brillaban doradas al mover el papel. Claire leyó lo que ponía en voz alta:

—*El California Beach te invita a su fiesta del verano. Entrada especial, porque tú eres especial. ¿Qué narices es esto?*

—Thomas nos ha invitado.

Claire puso los ojos en blanco y dejó caer la invitación en su bolso de malas maneras.

—Yo no pienso ir.

—¿Aún sigues con tu promesa de no pisar jamás el California Beach? —preguntó Jennifer incrédula.

—No tengo motivos para romperla. Jenn, Thomas no es mi amigo. Es tuyo, y no pasa nada. Te perdono el castigo y como si celebras tu luna de miel en ese antro, pero no cuentes conmigo.

Claire creyó que había sonado muy digna y segura; además, parecía tener motivos de peso para no acudir; al fin y al cabo, todo lo que había dicho era cierto. Thomas y ella no eran amigos, así que no pintaba nada allí.

No obstante, en el fondo había sentido un poco de decepción al descubrir que él no le había contado nada de esa fiesta.

—Pero es una fiesta única, Claire. Incluso suele aparecer por allí algún famoso. —Jennifer estaba emocionada ante la posibilidad de conocer a algún actor de moda—. Venga, ánimo.

Claire negó con la cabeza. Pese a esa promesa que se había hecho y que defendía con ahínco, había otra cosa más importante que anulaba cualquier posibilidad de cambiar de opinión.

—Además, él no quiere que vaya.

—Os habéis visto últimamente y le ha dicho a Cole que no ha sido para tanto. No creo que le importe verte en el club.

—Si no lo importara, me habría invitado él mismo.

Claire fue tan tajante que Jennifer supo que no merecía la pena insistir.

Thomas y Claire se habían visto hacía solo dos días. Antes de tener que huir por la tormenta, habían pasado un par de horas en el parque y no solo habían hablado de la boda de sus amigos, sino que, en esas citas un tanto extrañas, habían comenzado a charlar de ellos mismos. Thomas le relataba a menudo asuntos de su trabajo y Claire le confiaba anécdotas de sus visitas a locales como el suyo. Él agradecía los cotilleos de la competencia entre risas y ella, a su vez, la confianza al sincerarse sobre preocupaciones que traían a Thomas de cabeza en el día a día; no era fácil tener tantas responsabilidades y tantos empleados que mantener.

Quizá, por esa razón había creído que su relación había dado un paso más cercano al colequeo que a la enemistad. Tampoco lo consideraba un amigo, para Claire los amigos eran mucho más que cuatro reuniones de confidencias y sexo, pero sí que creía que podían compartir el mismo espacio

sin querer matarse y, por extensión, comenzar a tener planes en común por primera vez con sus amigos. Incluso había sopesado la posibilidad de tragarse su orgullo y pisar el California Beach.

Pese a ello, estaba claro que Thomas no pensaba lo mismo.

Al día siguiente, Claire le mandó un mensaje para adelantar su cita. Quería acabar cuanto antes con aquello y olvidarse de él. Thomas le dijo que estaba liado con un evento del club, ante lo que ella no pudo evitar tensarse al saber que se trataba de la fiesta que iba a celebrar el sábado, pero que si quería podían verse un par de horas en casa de él. Debía pasar por allí para darse una ducha y cambiarse. Ella aceptó y una hora después llegaba al bloque de apartamentos muerta de curiosidad por saber dónde vivía Thomas.

Cuando entró se dio cuenta de que, pese a ser una zona cara y elegante, la casa de Thomas distaba de la imagen que se había formado en su cabeza. Otra vez. Claire tenía la sensación de que él la descolocaba cada día más y aquello no le gustaba. La hacía sentir vulnerable.

Se trataba de un piso de dos habitaciones con grandes ventanales desde los que se podía atisbar el océano a lo lejos. Estaba decorado en una madera de tonos claros y detalles de materiales naturales que daban a la casa un ambiente cálido y de lo más agradable.

Claire enseguida percibió el olor a nata y chocolate.

—¿Qué narices es eso?

Thomas salió de la cocina con una bandeja llena de lo que parecían tortitas recién hechas.

—¿Nunca has comido tortitas?

Ella tragó saliva, y no solo porque se le hizo la boca agua, sino porque Thomas le había dicho que tenía prisa y sentía que, si había tenido que cocinar, había mentado.

—¿Tú no tenías que irte pronto? ¿Qué haces cocinando?

Él sonrió y le manchó la nariz de nata antes de limpiarse el dedo con la lengua. Parecía contento, lo que hacía que el enfado de Claire aumentara. Sabía que no tenía motivos para estar molesta, pero desde que Jennifer le había contado lo de la fiesta del California Beach algo dentro de ella había empezado a crecer y no podía pararlo, pese a que no tuviera ningún derecho a sentirse así. Era una sensación de lo más incómoda.

—No he cocinado. Las he traído de uno de los restaurantes. Las vi y pensé en ti. Solo las he calentado en el microondas. —Ella asintió y apartó la mirada. La sonrisa perenne de Thomas la estaba poniendo de los nervios—. Me doy una ducha rápida y vuelvo contigo enseguida. Tengo poco más de una hora.

Claire se quedó sola y se acomodó en el sofá. Sacó la versión definitiva del texto ceremonial y dejó dos copias sobre la mesa. Ella ya había memorizado su parte, pero no sabía si sería capaz de

repetirlo en alto y sin errores estando tan inquieta y con Thomas en el mismo sofá.

Se levantó cuando escuchó el sonido de la ducha y curioseó por la casa. Ni siquiera se sintió culpable por abrir levemente un cajón; al fin y al cabo, sabía que él había hecho lo mismo el primer día que apareció en su piso y que ella tuvo que ir a su dormitorio a vestirse.

En un momento dado, cuando estaba ojeando una revista de finanzas en la que le dedicaban un artículo, Thomas se asomó solo con una toalla en las caderas.

—Eh, no tardo.

Ella soltó la revista y se cruzó de brazos. ¿Qué le ocurría? No lo entendía, ella siempre estaba segura de cada paso que daba en la vida, pero, en aquel instante, se sentía fuera de lugar, pequeña, confundida.

Se sentó en el sofá y se fijó en unos papeles en la parte baja de la mesa. Fue entonces cuando unas palabras llamaron su atención. Sus dedos se movieron solos y tiraron de esa hoja impresa que reconoció con rapidez, pese a que no se lo podía creer.

*El club California Beach o «cómo condensar todo lo que odio en Los Ángeles bajo un mismo techo». Por Claire Dillon.*

Dibujó una «o» con los labios y fue incapaz de cerrar la boca mientras releía un artículo que se sabía de memoria.

*Podría empezar por describir la estética del local. Pero ¿sabéis qué? No es necesario. Imaginaos cualquier otro club de la costa californiana. ¿Qué veis? Colores cálidos. Palmeras. Detalles horteras, como velas en forma de piña —alguien debería recordarle a Thomas Carter, su dueño, que las piñas dejaron de estar de moda en el 2016—, flamencos rosas de plástico y pajitas flúor. Muy bien. Habéis acertado. ¡No aportar nada nuevo es una excelente idea para destacar entre los cientos de clubes que inundan la ciudad!*

Cerró los ojos y suspiró. En su momento había tenido mucha gracia, se lo había pasado genial escribiéndolo y, aún más, publicando y aireando al mundo lo que pensaba de Thomas Carter.

Sin embargo, no lo había vuelto a leer desde que lo suyo había avanzado hacia un cierto entendimiento y, de repente, Claire se moría de la vergüenza.

Hasta ese día, cuando pensaba en Thomas, lo hacía con la certeza de que había hecho justicia con sus amargas palabras. Creía fervientemente que él era la clase de hombre que se merecía una lección y por ese motivo jamás se había arrepentido de haber sido tan cínica con su club. Al fin y al cabo, Claire estaba convencida de que tenía tanto dinero que apenas importaba lo que una chica como ella opinase sobre su negocio. Seguramente, se limpiaría el culo con su artículo y con los billetes que le sobraban.

Pero eso no era cierto.

De pronto y por vez primera, se había puesto en el lugar de Thomas, se lo había imaginado leyendo el artículo, teniendo que soportar los comentarios sobre el trabajo por el que se dejaba la

piel día sí y día también, Claire lo había comprobado en cada ocasión en la que habían quedado, y la sensación repentina de que se había equivocado completamente con Thomas la azotó con fuerza.

Dejó el papel donde estaba al oír sus pasos por el pasillo, y apareció ya vestido y con el pelo húmedo.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Yo... sí. Tranquilo. ¿Podemos empezar ya?

—Claro.

Él se sentó a su lado y frunció el ceño al comprobar que Claire no había probado bocado, lo que ya era raro, ya que había conocido a pocas personas capaces de comer tanto como la diminuta Claire Dillon. Se fijó bien en ella y se dijo que estaba preciosa. Llevaba uno de sus vestidos playeros, esta vez uno de color verde lima, sus zapatillas fucsias y una cinta del mismo color. En cualquier otra mujer le habría parecido un estilismo horrible, no podía negarlo, pero en ella le parecía de lo más interesante.

¿Cuánto tardaría en quitárselo?

—Podemos hacer un par de lecturas para ensayar las partes que suponen un diálogo entre nosotros y luego ya cada uno se lo memorizará por su cuenta. Con eso será suficiente.

—Vale.

Claire suspiró y Thomas supo que le pasaba algo. Parecía... ida. Y no solo ida, sino como si se avergonzara de estar allí.

La vio coger aire y empezar a hablar con voz insegura.

—Me llamo Claire Dillon y no creo en el amor. Podría empezar así esta ceremonia, pero estaría mintiendo, porque desde el momento que...

Thomas movió la mano lo justo para rozar su muslo y ella se tensó. No quería que la tocara, porque tenía la impresión de que se derrumbaría.

¿Qué le estaba pasando a Claire? Ni siquiera ella lo sabía. Se sentía sobrepasada por las emociones. Por una parte, estaba todo ese rencor que había guiado su relación y al que se habían acostumbrado; ese odio se había transformado en una energía muy viva que los mantenía siempre alerta y preparados para desafiar al otro; sin embargo, con lo que no habían contado ninguno de los dos era con que los retos siempre son estimulantes, y lo que nos estimula también puede acabar en excitación, en deseo, en ganas. Eso eran ellos, una gran bola de ganas que estallaba cuando se rozaban. Por otra parte, Claire por primera vez había creído en eso de que las cosas no siempre son lo que parecen, y lo mismo pasa con las personas, y un leve arrepentimiento se había asentado en su interior; un sentimiento que a cada detalle nuevo de Thomas que conocía se había más grande. Hasta que sus propias palabras le habían explotado en la cara en forma de artículo que el mismo Thomas había impreso y releído mil veces en la intimidad de su piso, a juzgar por cómo de gastado se encontraba el papel. Y había una última cosa, una emoción que no podía

olvidar, y esa era la decepción que había sentido al saber que Thomas no quería que supiera nada de la fiesta del California Beach; seguramente, porque no la consideraba nada más que la amiga pesada de Jennifer, con la que se veía obligado a hacer aquel discurso.

—Claire...

Ella ignoró la preocupación en la voz de Thomas y continuó leyendo el texto, aunque era obvio para los dos que algo estaba sucediendo.

—...Cole es un hombre atractivo, creo que todos tenemos ojos, pero...

—Claire, mírame.

El tono de su voz fue dulce, aunque con un deje autoritario que Claire no pudo obviar. Cerró los ojos, tragó saliva y alzó la mirada hacia el hombre. Cuando lo hizo, Thomas descubrió que estaban vidriosos.

Acercó la mano a su mejilla y Claire se apartó hacia atrás, evitando ese contacto.

—¿Qué te pasa?

Intentó encontrar la respuesta, pero en aquel instante no sabía qué era lo que le estaba ocurriendo. Se sentía dentro de un torbellino de emociones que no podía controlar.

Buscó las palabras, pero solo le salió una pregunta con voz temblorosa:

—¿Qué supuso para ti mi artículo?

Thomas no se esperaba aquello. Sin duda, se habría esperado cualquier otra cosa, incluso que Claire le confiara algún problema personal, pero no que sacara a relucir lo malo que los había unido en el pasado.

—Ya no importa.

Thomas se apoyó en el respaldo del sofá y Claire notó que se tensó en el acto. Aquel tema le dolía, ¿cómo no iba a hacerlo? Las frases de aquel artículo que a ella le había dado más fama aún se repetían en su cabeza sin cesar y, de repente, le parecían horribles, dolorosas y, lo que era peor, una gran mentira. Porque no había sido sincera. El California Beach era un gran club, pero Claire se había dejado llevar por el rencor y por su situación privilegiada y había intentado hacer daño a Thomas, un hombre al que, en realidad, no conocía y que, aunque lo hubiera hecho, tampoco lo merecía. Era un hombre trabajador, honrado e íntegro, que cuidaba a sus empleados y que se esforzaba como el que más por mantener a flote su negocio. ¿Quién era ella para intentar ponerle la zancadilla? Nadie, solo era una chica de lengua afilada a la que le habían dado un hueco en el que soltar toda esa acidez, pero nada más. Ni siquiera era un trabajo de verdad, al menos, eso le decían sus padres y comenzaba a pensar que era verdad. Tenía veintinueve años y se pasaba el día saliendo de fiesta, bebiendo cócteles y levantándose a las tantas.

Su vida era una farsa.

Miró a Thomas y no ocultó la inquietud que la acompañaba en ese momento. Su mirada húmeda estaba a punto de desbordarse.

—Dímelo. Necesito saberlo.

Él chasqueó la lengua, se pasó las manos por el pelo y, entonces, habló con voz seria.

—A nivel comercial, fue un chute de ventas. Tienes una legión de lectores fiel, Claire. —Ella torció la boca en una sonrisa que se quedó a medias; Thomas siguió hablando, ligeramente incómodo—. Sin embargo, también tuve que hacer frente a las críticas. A veces hace más daño a un negocio su fama que sus ventas.

Claire suspiró y se llevó una uña a la boca. Se sentía tan mal y tan avergonzada que no sabía ni qué decir.

—Yo... siento lo que hice, Thomas.

Pese a su disculpa, él negó con la cabeza. Esa reacción sí que sorprendió a Claire.

—No te disculpes, es tu trabajo. Ya falté al respeto a tu profesionalidad una vez, no voy a hacerlo una segunda. Si tu opinión era esa, la acepto.

Claire asintió, pero algo en su interior le dijo que Thomas estaba siendo condescendiente. Su postura parecía tensa. Su mirada, llena de algo que Claire no supo identificar. ¿Orgullo? ¿Venganza? No lo tenía del todo claro, lo que sí supo con certeza era que aquello que brillaba en los ojos de Thomas no era bueno.

—Pero quizá no lo era. Quiero decir, sé que me equivoqué, Thomas. Sé que mi orgullo escribió aquel artículo, no yo.

Él se pasó la lengua por los labios con lentitud, pero no fue un gesto sensual, sino malvado. Eso sentía Claire, que aquella versión de Thomas era una que no conocía y que se parecía más a la idea que un día se había formado de él. Y no se refería al primero en el que sus vidas se cruzaron, sino a otro del que jamás habían hablado, ni entre ellos ni con otros.

—Muy bien.

—¿Muy bien? —repitió ella con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Eso es todo?

Estaba confundida; la reacción de Thomas la descolocaba del todo. Se habría esperado que él se enfadara, que volviese a estar con ella a la defensiva e incluso que le dijera que no quería volver a verla. También que la perdonara sin más, pero no que se mostrara tan... frío, indiferente, aunque ambos supieran que aquello no le era para nada indiferente.

—Sí, ¿qué quieres que te diga, Claire? Eres tú la que hizo un mal trabajo, no yo. De hecho, me tranquiliza saber que mi club no era el problema.

Claire se tensó. Sentía las palabras de Thomas como un ataque. Quizá lo merecía, estaba segura de que así era, pero él tampoco se había portado bien. Lo normal, pensaba Claire, habría sido que él se hubiera mostrado más comprensivo y que asumiera que también se había sobrepasado el día que se conocieron. Al fin y al cabo, su enemistad la había comenzado él intentando comprar su opinión.

Claire comenzaba a enfadarse y, cuando eso sucedía, no razonaba.

«¿Quién se ha creído que es?», pensó. Ella se había disculpado, había dejado su orgullo fuera de aquella casa y se había mostrado vulnerable delante de Thomas y ¿qué había recibido a cambio? Una sonrisa de suficiencia que deseaba borrarle de un puñetazo y una mirada arrogante que provocó que su enfado tocara el cielo.

Claire cogió aire y en su interior tomó una decisión en aquel momento. Tal vez se arrepentiría también, pero ese Thomas que tenía enfrente sí lo merecía. Vaya si lo merecía.

—Claro que tu club no era el problema. —Sonrió con inocencia y era tan buena fingiendo que él se lo tragó al instante—. Pero dejemos el pasado atrás, ¿seguimos con esto?

Él asintió y Claire continuó leyendo el discurso. Esa vez, lo hizo con voz calmada, como la buena oradora que era y, mientras Thomas sonreía por lo bien que ella se desenvolvía en esas tareas, el corazón de Claire latía frenético y daba forma a un plan.

## La fiesta

Claire se miró al espejo y sonrió. Estaba deslumbrante. Y no era porque tuviera muy buen concepto de sí misma, sino porque era cierto que ese vestido había levantado pasiones más de una vez. Era de color rosa chicle, con un escote prominente en forma de uve, tirantes finos y ajustado hasta la mitad del muslo. Lo combinó con unas sandalias de tiras y medio tacón plateadas y se dejó secar el pelo rizado al aire, aunque sujetó el flequillo con un par de horquillas. Se pintó los labios de un rosa más fuerte y tiró un beso a su reflejo antes de salir.

Estaba salvajemente irresistible.

¿La razón? Quería que Thomas quisiera desnudarla al momento. Se trataba de una de esas ocasiones en las que sus encantos la ayudarían a llevar a cabo su elaborado plan, y no se avergonzaba de ello. Claire ya había aprendido que no servía de nada arrepentirse con hombres como Thomas Carter.

Salió de casa y llamó a Jennifer por teléfono ya de camino al California Beach.

—¡Claire! ¿Qué te cuentas?

—¿Sigues teniendo una entrada disponible?

—¿Lo dices en serio?

Sintió la sonrisa de Jennifer al otro lado del aparato y sonrió a su vez.

—Sí, me aburro y llevo un vestido que el mundo se merece admirar.

—¿Y tu promesa de no volver a pisar el California Beach?

—A la mierda mi promesa.

Jennifer se rio a carcajadas. Después le dijo a Claire que Cole ya estaba en el club echando una mano a Thomas con un asunto y que ellas podrían quedar en la puerta.

Media hora después, ambas se encontraban allí y se daban un abrazo como si hiciera años que no se veían.

—Tenías razón con lo del vestido. Estás increíble.

Claire le guiñó un ojo y le devolvió el halago.

—Tú no te quedas atrás. Vas a tener que huir de Cole toda la noche. No te acerques a sitios oscuros.

Ambas se rieron y se acercaron a la entrada con los brazos entrelazados.

Claire sintió que sus latidos enloquecían al entregar su tarjeta al recepcionista de aquella noche. Pasaron la puerta y abrieron la boca asombradas por la sorprendente decoración. Era fantástica. Todo estaba decorado en tonos dorados y turquesas, con fuentes de fruta y chocolate en las mesas, barras llenas de cócteles de colores vivos y un grupo amenizaba la velada tocando versiones de los setenta en directo.

—Sin duda, Thomas sabe montar una fiesta.

Claire sonrió, pero no pudo evitar notar su respiración más rápida al oír su nombre, más aún cuando Jennifer sonrió mirando al fondo del local y ella supo que allí se encontraría el prometido de su amiga junto con el hombre que tan alterada la tenía.

—Mira, allí están. Vamos a saludar.

Claire siguió a Jennifer con paso decidido hasta encontrarse frente a los dos hombres. Cuando Cole vio a su prometida, rugió y la cogió en volandas para darle un beso de película. Siempre habían sido un poco exagerados y Claire no podía evitar poner los ojos en blanco ante la efusividad de sus amigos, aunque, por dentro, siempre oía una vocecilla que sentía cierta envidia; claro que jamás lo aceptaría en voz alta.

Saludó a Cole con un gesto cómplice y, cuando Thomas levantó la mirada de un barril de cerveza que estaba sacando del almacén, sus ojos se cruzaron con los azules del dueño del California Beach.

Thomas empujó de más el barril al verla.

¿Qué demonios hacía Claire en su fiesta?

No es que le molestara que estuviera allí, sino que no se lo esperaba, entre otras cosas, porque ella siempre se negaba a cualquier plan que incluyera el California Beach. Por otra parte, tampoco la había invitado. Había dudado mucho. En esas ocasiones en las que acababan acostándose y después charlaban casi como si fueran amigos, se le había pasado por la cabeza la idea; de hecho, había tenido que esforzarse por no mostrar unas excesivas ganas que no comprendía del todo.

No obstante, al final nunca lo hacía. Por ese motivo le había dado a Jennifer entradas de más, porque sabía que Claire sería su primera invitada y tenía la esperanza de que algún día, por fin, la muy cabezota cediera y volviese a entrar en su club.

Pese a ello, Cole le había dicho que había dado dos a un conocido y que Claire había negado la invitación, así que les sobraba una.

Supuso que finalmente, vete a saber por qué motivo, ella habría aceptado.

Thomas dio gracias a Dios por que lo hubiera hecho, ya que ese vestido le había alegrado el día.

Estaba preciosa. Nunca la había visto tan elegante y, a la vez, tan ella misma.

Quiso acercarse y darle un beso como con el que Cole había saludado a Jennifer, pero sabía que no podía. Ni siquiera le había contado a su amigo lo que había sucedido entre ellos y estaba seguro de que Claire tampoco había abierto la boca. Para bien o para mal, los dos eran tremendamente orgullosos.

Aún recordaba su rostro el último día en su piso. Verla tan arrepentida, con los ojos húmedos por la culpa, lo había dejado tocado. Desconocía el motivo por el que Claire había reaccionado así, pero una parte de él se sentía satisfecho al saber que ella aceptaba que lo de aquel artículo fue

un mal comienzo. Quizá eso significaba que podían olvidarlo y, tal vez, estrechar su relación un poco más.

Thomas no iba a negarlo, se moría por volver a hundirse en ella y escucharla gemir su nombre. Era adictiva. Recordaba el olor de su pelo, ligeramente a fresas, la suavidad de su piel, sus curvas, no muy pronunciadas pero perfectas.

Le encantaba la diminuta, chillona y peleona Claire Dillon. Era una verdad que debía afrontar si no quería enloquecer.

Sin embargo, frunció el ceño al recordar su reacción. Ella se había disculpado y él no había sabido hacerlo mejor. Se había quedado tan asombrado que su respuesta había sido un tanto altiva; lo que Claire no sabía es que era un método de defensa. Y es que sentía que ella las iba derribando todas y Thomas estaba seguro de que con una mujer como Claire podría perderlo todo.

Se acercó a ella para susurrarle y que sus amigos no oyeran sus palabras, aunque sería complicado, ya que la lengua de Cole seguía investigando la boca de Jennifer.

—No sabía que ibas a venir.

Claire sonrió con coquetería y apoyó su mano en la cinturilla de los pantalones de él.

—Es que no me habías invitado. ¿Cómo ibas a saberlo?

Él sacudió la cabeza y se rio. Sin duda, aquellas palabras, aunque estuvieran envueltas de dulzura, escondían uno de los ataques de Claire.

—Ellos tenían invitaciones. No les prohibí darte una.

—Pero tampoco me la diste tú, aunque ya contaba con ello.

—¿A qué te refieres?

Claire podía haberse mordido la lengua, pero tampoco quería. Deseaba hacerle daño, porque él se lo había hecho a ella. Y lo hizo con algo que ya había utilizado en el pasado, aunque ninguno hablase de ello. Ese momento se había convertido en un gran tabú.

—Eres un cobarde, Thomas.

Se encogió de hombros y Claire se dirigió a la barra a por algo de beber, dejando a Thomas sorprendido por aquella salida de tono, con la palabra en la boca y excitado como nunca al ver el aspecto de ese vestido por la retaguardia de Claire.

Sin duda, la noche se le complicaba por momentos.

Claire había sentido la satisfacción por esa pequeña victoria burbujeando en sus tripas. Intentó pasárselo bien con Jennifer, Cole y los amigos de este, dos compañeros del gimnasio al que iba con los que salía de vez en cuando. Uno de ellos, Jeremy, le prestaba excesiva atención a Claire, que se sentía halagada, pese a que no le atraía.

Sin embargo, de vez en cuando se encontraba con los ojos de Thomas clavados en ella y en el coqueteo sutil de Jeremy, y la respuesta de Claire era acercarse un poco más, dejando entrever intenciones falsas que estaban poniendo de los nervios a Thomas.

¿De qué iba Claire? ¿Primero lo llamaba «cobarde» y luego se contoneaba con otro delante de sus narices? Bueno, Thomas sabía que no eran nada, nada más que cuatro polvos esporádicos sin ninguna importancia, ni siquiera se consideraban amigos.

No obstante, estaba volviéndose loco. La veía y quería acercarse a ella. ¿Para qué? Para decirle cuatro cosas; entre ellas lo guapa que estaba y las ganas que tenía de besarla. También que no tenía ningún derecho a soltar una indirecta como aquella y quedarse tan contenta. No, sin darle a él la opción de defenderse.

Era verdad que Thomas no la había invitado directamente, pero porque no sabía muy bien cómo gestionar su relación con Claire. En esos días en los que habían compartido tanto en tan poco tiempo, se había dado cuenta de que hasta había olvidado lo del pasado. Al menos, el dichoso artículo ya no tenía la menor importancia para él.

Claire lo buscaba con la mirada. Al principio lo hacía para ponerle celoso, no tenía mucho sentido y sabía que era una actitud infantil, pero cada uno contaba con unas tácticas y ella había escogido esa gracias al entregado Jeremy. Después, lo buscaba sin cesar porque los cócteles ya mandaban por ella, y con la calidez del alcohol recorriéndole el cuerpo tenía ganas de Thomas. Era un hecho y lo odiaba por ello.

Estaba increíble con una sencilla camisa blanca y un pantalón de vestir beige. Siempre le había parecido un estirado, pero con el tiempo había comenzado a apreciar cómo le sentaba a él ese *look* un tanto clásico. Nada que ver con ella, pero eso era lo de menos.

Además, no solo se sentía atraída por sus aires de jefe, poniendo orden aquí y allá, sino porque cuando se remangaba las mangas de la camisa y trabajaba tras la barra como cualquier otro empleado a Claire le ponía a cien. ¿Explicación? No había ninguna, solo que ella veía algo de lo más atractivo en el esfuerzo y dedicación por su trabajo. Por otra parte, ya había descubierto que Thomas se entregaba en cuerpo y alma en todo lo que hacía.

Tragó saliva ante los recuerdos.

Sin embargo, por mucho que quisiera borrarlos, había uno que no se iba. Uno que a Claire le hacía arder de la misma forma de rabia que de deseo. Uno que hacía que todo hubiera sido extraño entre ellos y del cual Thomas tenía una versión incompleta.

—¿Estás bien?

Jennifer la obligó a volver al presente. Pese a ello, Claire ya no se estaba divirtiendo. Cogió la mano de su amiga y la guio hacia una de las terrazas exteriores.

—Ven, vamos a fumar.

Ya fuera, encontraron un rincón en el que tenían la intimidad suficiente para hablar. Jennifer se encendió un cigarrillo y Claire, pese a los nervios, negó el ofrecimiento de su amiga con la cabeza.

—¿Qué te pasa, Claire? Estás rara. ¿Es por Jeremy?

Ella negó con la cabeza y la escondió entre sus manos. Jennifer le acarició un hombro e insistió:

—Dime algo. Me estás asustando.

Entonces, Claire, no pudo aguantarlo más y explotó:

—Me he acostado con Thomas.

La cara de Jennifer fue algo digno de presenciar. Abrió mucho los ojos, después la boca, luego ambos, para finalmente parpadear y tensar los labios. Estaba totalmente desconcertada.

—Oh. Vaya.

Intentó decir algo más, pero no le salían las palabras. ¿Qué podía decir? Jennifer no lo había visto venir y no se lo habría imaginado ni en un millón de años. ¡Ellos se odiaban! Llevaban desde el día en que sus caminos se cruzaron evitándose y poniendo trabas para encontrarse en la misma habitación. Era de locos.

—Sí. Oh. Vaya. ¿Estás enfadada conmigo?

Jennifer consiguió por fin reaccionar y negó efusivamente con la cabeza.

—No, cariño. ¿Por qué iba a enfadarme contigo? Solo estoy sorprendida. Muy sorprendida, a decir verdad. —Una sonrisilla se dibujó en sus labios—. ¿Thomas y tú? Vaya.

Claire se habría reído de haber podido, pero eso no era todo. Necesitaba seguir confesando todo lo que guardaba dentro y el porqué de sus emociones.

—En realidad, eso no tiene importancia. Simplemente, la tensión era tal entre ambos que la disipamos... ligeros de ropa.

Jennifer soltó una carcajada.

—Un modo perfecto.

—Pero solo fue sexo. —Se lo repitió en la cabeza para creérselo, porque una parte de Claire comenzaba a dudar incluso de eso—. Lo que quiero contarte es otra cosa.

Jennifer se puso seria ante la tristeza de su amiga. Nunca había visto a Claire así, por lo que, fuera lo que fuera lo que había sucedido entre ellos, era importante.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, Claire.

Ella asintió y comenzó a relatarle un secreto. Uno que Thomas y ella compartían, aunque solo fuera una parte, y que nunca habían contado a nadie. Él, porque seguramente se avergonzaría. Ella, porque siempre había sabido que merecía un castigo por lo que le hizo con el artículo y, de ese modo, sentía que su deuda estaba pagada; que estaban en paz.

Sin embargo, que él no se disculpara cuando ella lo había hecho... para Claire lo había cambiado todo.

—Hace seis meses, Thomas y yo nos encontramos de casualidad. Yo estaba en la inauguración de restaurante y él estaba cenando allí con unos amigos. Cuando pasé por delante de su mesa, no sé por qué, pero lo saludé. Él fue cortés y me devolvió el saludo. Por una vez, parecimos dos

personas normales, te habrías sentido orgullosa de mí.

Jennifer sonrió; era cierto que Thomas y Claire nunca habían sido personas muy normales cuando se cruzaban y, tal vez, por fin comprendía por qué.

«Del odio al amor siempre hay un paso más pequeño del que apreciamos», pensó Jennifer.

—Sin que él fuera consciente, acabé sentada con Mike, mi ligue de por entonces, detrás de su mesa, solo separados por un biombo tan fino que era fácil escuchar lo que decían.

—Esto pinta mal —aportó Jennifer, y no se equivocó.

—Uno de sus amigos le preguntó quién era la chica guapa de la falda corta que lo había saludado y él se echó a reír. Les contó que era Claire Dillon, la mujer que casi le arruina la vida; un poco dramático, por otra parte, ¿no te parece?

Jennifer sonrió a medias, aunque una parte de ella le había sido infiel a Claire muchas veces al sentir que Thomas quizá tenía un poquito de razón.

—«¿No te has acostado con ella?», le preguntó alguien, como si fuera lo normal en la vida de Thomas, y él contestó —Claire tuvo que tragar saliva para poder pronunciar esas palabras en alto—: «¿Con una mujer adulta que viste como una cría de quince años? Es patética. Claire Dillon es la típica niña que se hace famosa y que confunde la compasión y la burla de quienes la siguen con el amor y la admiración. A los cincuenta seguirá enseñando el ombligo y cerrando los clubs como si fuera algo *cool*, cuando solo dará lástima».

Jennifer la observó un tanto alucinada. Aquellas palabras no las encajaba con el Thomas que ella conocía, aunque quizá sí con uno lleno de resentimiento contra Claire.

—Qué cruel. Lo siento, cariño. —Ambas asintieron y guardaron silencio unos segundos; entonces Jennifer le preguntó algo que no lograba entender del todo—. ¿Y por qué te acostaste con él? ¿Por qué me cuentas esto ahora?

Claire cogió aire para contarle la historia completa.

—Porque no acaba ahí. —Se mordió el labio y Jennifer supo que había algo que avergonzaba a su amiga—. Cuando terminó la cena, la fiesta continuaba en un local de al lado. Thomas no me vio, pero estuve toda la noche por ahí, hasta que lo vi marcharse y lo seguí a la calle.

—Claire...

—No es lo que crees. Yo estaba dolida. Dolida de verdad. Así que solo salí y le pregunté si quería decirme algo. —Clavó los ojos en su amiga—. Le di la oportunidad de decirme a la cara todo eso, igual que yo había hecho con su local, pero no lo hizo.

—¿Y qué hicisteis? ¿Os despedisteis y ya?

Claire, sorprendentemente, se rio y negó con la cabeza.

—No, discutimos. Lo llamé «cobarde», aunque él no tenía ni idea de qué estaba hablando. En su defensa, diré que estaba un poco borracha y no me explicaba muy bien. Luego discutimos, como siempre, y...

—¿Y?

—Y lo besé, ni siquiera sé por qué. Lo intenté, al menos, pero fue un desastre. Me hice daño en un diente y luego salí corriendo.

Jennifer tuvo que hacer esfuerzos por no explotar a reír. Sin embargo, Claire lo hizo antes y las dos acabaron llorando de la risa.

—¿Nunca habéis hablado de eso?

—No. Creo que ambos preferimos olvidarlo, pero luego os empeñasteis en que hiciéramos la ceremonia... y, bueno, supongo que continuamos lo que dejamos a medias.

—¿Ya no hubo choque de dientes?

Claire se rio.

—No, fue bestial.

—¿Y ahora qué?

Fruunció el ceño ante la pregunta de Jennifer.

—Ahora nada, Jenn. Ya te digo que no ha pasado nada entre nosotros.

Las mentiras sonaban bien para Claire, pese a que Jennifer no pensara lo mismo.

—Si eso fuera verdad, tú no estarías así. —Entonces Jennifer se dio cuenta de algo—. ¿Por qué has venido esta noche?

—¿Por qué iba a venir? No tenía plan, ya te lo dije. Anda, vamos a por una copa, las confesiones me dan sed.

Claire se levantó y Jennifer la siguió. Sin embargo, solo fue un modo de la primera de acabar con una conversación que podría complicarse más, y Claire prefería que su amiga no supiera nada que la pudiera perjudicar.

A las dos de la madrugada, Claire no podía más. Le dolían los pies por las malditas sandalias, había bebido demasiado y todos sus intentos por molestar a Thomas habían dejado de funcionar. Él no había vuelto a mirarla desde las once y media, cuando se le cayó una copa al suelo y alzó la vista para taladrarla con la mirada y enviar a un camarero a limpiar el estropicio.

Había llegado el momento de irse a casa.

Se despidió de sus amigos y salió a la calle en busca de un taxi, pero no anduvo mucho antes de escuchar su voz:

—Claire, espera.

Se giró y se encontró con Thomas. Se odió por pensar en lo guapo que estaba.

—¿Qué narices quieres, Carter? Regresa a tu fiesta. Tus súbditos esperan tus órdenes.

Él cogió aire para armarse de paciencia, porque sabía que en ese estado Claire siempre lo

complicaba todo. En realidad, ebria o sobria le complicaba la vida igual. Se había dado cuenta esa noche, cuando no podía dejar de mirarla. Había disimulado tanto que apenas levantaba la cabeza de lo que estuviera haciendo, sintiéndose como un idiota.

Quería hablar con ella. Desde el último día en su piso había querido hacerlo, pero, tal vez, Claire tenía razón y era un cobarde.

Sin embargo, no le resultaba fácil dar el paso, porque hacerlo significaba mucho más al tratarse de ellos dos.

¿Cómo podía pedirle perdón por no haberla invitado sin confesarle que no lo había hecho porque le resultaba más fácil no verla? ¿Que había actuado como un crío al dejar las invitaciones en manos de Cole y Jennifer para evitar tener que atreverse? ¿Cómo podía decirle que prefería que siguieran siendo enemigos porque cada vez que la tenía cerca deseaba besarla? ¿Cómo podía explicarle que su odio estaba fundado en un error, porque él jamás quiso comprar su opinión, sino que pretendía conocerla como cualquier otro hombre del maldito club querría?

No obstante, no confesó nada de eso, sino que solo lanzó una pregunta:

—¿Por qué has roto tu promesa y has venido hoy, Claire?

Ella lo fulminó con la mirada. Era un cobarde, sí. Porque de repente Claire vio que en sus ojos también había emociones, sentimientos que le costaba controlar y, en vez de atreverse y dar el paso, dejaba que ella tomase una decisión.

—He venido por trabajo.

Esa respuesta Thomas no la esperaba. Se acercó un par de pasos con las manos cerradas en puños.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir?

Thomas se tensó más aún ante el tono desafiante de Claire. No se lo podía creer. En su última conversación ella le había pedido disculpas por el artículo y creía que ya habían superado todo aquello y, de pronto, ella volvía a ser la Claire Dillon de lengua viperina que tanto odiaba.

—No lo hagas.

—¿Estás intentando comprarme otra vez, Thomas? ¿Qué me ofreces esta vez a cambio de mi silencio?

Estaban tan cerca que el aliento de ambos se mezclaba al hablar. Claire veía la lucha que se estaba llevando a cabo en los ojos de Thomas. También olía su característico perfume mezclado con su sudor. Él la observaba desde su altura, tan pequeña pero con tanta fuerza que era como una tormenta de nieve, capaz de arrollarte sin darte cuenta. Thomas no quería una mujer así en su vida. Todo con Claire era abrumador, intenso, sofocante, un combate a muerte.

Estaba harto y cansado; además, estaba trabajando, así que se dijo que, si ella quería declararle la guerra, la aceptaría de buen grado.

—Podemos ir al almacén. ¿Cuánto vale que hables bien de mi club? —preguntó con una sonrisa malvada.

Claire tuvo que pestañear varias veces, porque no se esperaba esa insinuación. Luego se dejó llevar por el enfado de nuevo y colocó una mano en su estómago, acariciándolo hacia abajo con lentitud.

—Cariño, lo que tú sabes hacer no vale tanto.

Le dejó un beso en la mejilla y se marchó sin mirar atrás.

Cuando llegó a casa, aún sentía los latidos de su corazón en la garganta.

## La venganza

No tenía que haberlo hecho. Claire lo supo cuando se abrió una botella de vino, se quitó el vestido y encendió el ordenador. También lo supo cuando escribió el artículo más punzante de su carrera. Y cuando ya apenas quedaba vino y pulsó el botón de enviar. Supo que no debía haberlo hecho cuando se metió en la cama y sintió las nauseas por los excesos. Y, de igual modo, cuando abrió el ojo al día siguiente y se dio cuenta de que ya era tarde para detener sus impulsos y su estupidez.

—Mierda.

Se levantó y se mareó. Tuvo que hacer tres intentos antes de lograr llegar al sofá y comprobar los restos de su obra maestra, que ya no le parecía tanto. El teclado estaba manchado de gotas de vino, la botella vacía encima del sofá y su arrepentimiento flotaba por toda la casa.

Recuperó su móvil, al fondo del bolso, y parpadeó unos instantes antes de digerir lo que había en la pantalla.

Un mensaje de Thomas.

Antes de abrirlo, supo que no tenía que haberlo hecho, pero, después de leerlo, también supo que jamás se perdonaría a sí misma.

*Lo siento, Claire. Tenías razón, soy un cobarde. Lo soy cuando se trata de ti, porque me das miedo. Me aterra lo que me haces sentir y las ganas que tengo siempre de tocarte. Perdóname. Creo que deberíamos hablar de esto. Besos. Thomas Carter.*

Era educado hasta en un mensaje de texto.

Claire cerró los ojos y asumió que se había equivocado del todo.

Thomas sabía que los artículos de Claire no tenían un día fijo de publicación. Solían ser como ella, imprevisibles y caóticos, así que había llegado a apuntarse al servicio de alertas que avisaba de cualquier nueva subida a la red. Lo hizo la primera vez que ella acudió al California Beach como invitada al concurso anual de cócteles después de leer su valoración para poder estar al día de cada comentario que sus seguidores dejaban, como si él fuera un fanático más de Claire Dillon. Después de que se calmaran las aguas tras el artículo, y sin entender el motivo, no lo dio de baja; así que seguían llegándole avisos de que ella había subido alguna entrada nueva, escritos que leía en la intimidad de su casa, aunque jamás lo confesaría.

Thomas se dio cuenta de que, antes de acostarse con ella, una parte de él ya era adicta a Claire.

Por eso, aquella mañana, cuando se despertó, se dio una ducha y se sentó a revisar el correo y

la prensa desde el móvil con una taza de café, no se sorprendió al ver que tenía un aviso.

Recordó su encuentro de la noche anterior y lo estúpido que habían sido de nuevo. Daba la sensación de que, por mucho que parecieran entenderse a veces, a otras solo conseguían enredarlo todo cada vez más. También recordó el mensaje que le había enviado. Había tenido que escribirlo tres veces antes de pulsar la tecla, pero, al final, se había atrevido a ser sincero y se sentía expectante y un tanto nervioso a la espera de la respuesta de Claire.

Sin embargo, no había ninguna. Y sí una nueva entrada en su espacio.

El corazón se le subió a la garganta y supo lo que ella había hecho antes de comenzar a leer.

*El secreto mejor guardado de Thomas Carter o «cómo perder la dignidad a cambio de buena fama para tu club». Por Claire Dillon.*

Él cerró los ojos unos instantes para serenarse, porque no se creía que estuviera sucediendo de nuevo.

*Soy una buena persona, por eso, cuando me ofrecieron una invitación del club California Beach para su gran fiesta del verano, me dije que todo el mundo se merece una segunda oportunidad, incluso Thomas Carter.*

*No obstante, ¿sabéis qué? Os voy a hacer un gran spoiler: No, él no se la merece.*

Thomas cerró el puño y se lo llevó a la boca para seguir leyendo y no lanzar el móvil contra la pared.

*Entré el famoso club y pensé que todo iba a ser diferente. Asumí que, tal vez, me había equivocado en mi primera visita y que Carter tenía un gusto exquisito (o un servicio de decoración muy caro). El ambiente era increíble, elegante sin resultar arrogante, cálido sin llegar a ser empalagoso, único sin poseer nada en especial.*

Por mucho que le enfadara la idea de que Claire hubiera vuelto a hacer de las suyas, y de nuevo solo por despecho a su persona, no pudo ignorar la satisfacción que sintió al leer esos halagos por su parte.

*Disfruté de la noche. La bebida seguía siendo un tanto estrambótica, pero ¿a qué mujer criada en Los Ángeles no le gusta un toque original y estrafalario en su cóctel?, y la música en directo un detalle a valorar de forma positiva.*

*Sin embargo, todo era un hechizo. Estaba siendo engañada por el encanto superficial de su dueño, Thomas, un hombre atractivo e interesante que esconde un fondo mucho más oscuro que no tardaría en sacar a relucir.*

Era peor de lo que pensaba. Aquello era un ataque directo a su persona. La primera vez también lo había sido, pero a Thomas no le había enfadado más que por las posibles consecuencias para su negocio, no le importaban en absoluto las tonterías que Claire Dillon pudiera contar sobre él. Al fin y al cabo, eran dos desconocidos.

No obstante, en esa ocasión todo era diferente. Claire estaba metiendo el dedo en la llaga y

siendo cruel, y no con el club, sino que su local había pasado a un segundo plano y las palabras iban dirigidas a él.

*¿Alguna vez os habéis cruzado con una persona capaz de hacer cualquier cosa para proteger lo que le pertenece, incluso humillar a alguien que se supone que aprecias?*

*Yo sí y no es plato de buen gusto.*

*Pese a todo, os animo a ir al California Beach, es una buena opción en estos tiempos, aunque os aconsejo correr si aparece por allí su dueño. Claro que... si deseáis acostaros con él, solo tenéis que amenazarlo con escribir una reseña negativa de su club. Os aseguro que aceptará encantado.*

—Será posible...

Thomas dejó el teléfono sobre la mesa e intentó digerir lo que acababa de leer. Al instante, su móvil comenzó a sonar; llamadas; mensajes; correos. No hacía falta contestar a ninguno para saber que el artículo de Claire ya había corrido como la pólvora.

¿Cómo habría sido capaz? Y, lo que a Thomas más le costaba comprender, ¿por qué? ¿Qué podía haberle dolido tanto a Claire como para actuar con tanto odio hacia él?

Releyó de nuevo el texto y se dio cuenta de que era hasta denunciabile. Solo debía hacer un par de llamadas y en horas desaparecería de la red.

Sin embargo, eso no solucionaba nada. Mucho menos la sensación de decepción que llenaba el corazón de Thomas y que dolía más que cualquier otra cosa.

Era una idiota. No dejaba de repetírselo.

Claire había llamado a su jefa para pedirle por favor que borrara su entrada, pero ella se había negado.

—Es una bomba, Claire, va a reventar el contador de visitas.

—Pero me he equivocado, Fiona, tienes que borrarlo. Despídeme, si quieres, pero hazlo.

—Lo siento. Habértelo pensado bien antes de pulsar el botón.

Claire lanzó el teléfono sobre el sofá, que rebotó en los cojines y cayó al suelo. Después de odiar a Fiona, se odió a sí misma, porque, al final, era la única culpable.

¿Por qué lo había hecho? Una cosa era odiar a Thomas, hecho que ya no sucedía, por mucho que recordara aquella época del pasado como más sencilla, y otra arruinarle la vida lanzando una acusación como esa. Aquello ya era pasarse y ella lo sabía.

No obstante, estaba tan enfadada que no había podido controlarse. Durante toda su vida había sido así, visceral, irracional, una psicópata emocional. Porque eso era lo que sucedía; Claire no había actuado de ese modo guiada por el odio, sino por unos sentimientos que despertaban cuando

se trataba de Thomas y que comenzaban a asfixiarla.

Estaba confundida, perdida y enamorada de ese cretino orgulloso.

«¿¿¿Enamorada???»», Claire se tapó la boca con las manos y sintió unas inmensas ganas de llorar. Pese a ello, esa verdad se mostró tan obvia que tuvo que sentarse.

¿Y si había ocurrido? ¿Y si se sentía así solo porque Thomas tenía algo que no había visto en nadie más? Pero, de ser así, ¿por qué le había querido hacer daño?

Claire no se entendía a sí misma, por lo que hizo una llamada, esperando que su mejor amiga consiguiera darle una respuesta.

Jennifer contestó al primer tono:

—¿Cómo has podido?

Claire cerró los ojos y las primeras lágrimas salieron sin control.

—Jenn...

Oír su llanto ablandó a Jennifer, que sabía que Claire no era una persona que llorase con facilidad.

—¿Qué ha pasado, Claire?

—No lo sé.

—¿Estás segura?

Claire cogió aire y soltó lo que ambas a esas alturas ya intuían.

—Me gusta Thomas. No quiero que me guste, pero... pero siento cosas por él.

Jennifer suspiró contra el teléfono y Claire se abrazó las piernas. Se sentía una niña pequeña, incapaz de gestionar los sentimientos y a punto de recibir un castigo por la tontería descomunal que había hecho.

—Bien.

—¿Bien? —repitió, un tanto descolocada por la reacción de su amiga.

—Sí, Claire, bien que lo aceptes. Es un paso. Ahora toca el más difícil.

—¿Cuál es?

—Ya lo sabes, pero te lo diré de todos modos. Debes disculparte y asumir las consecuencias de tus actos.

Vale, Claire escuchó lo que no quería oír.

—De acuerdo. ¿Por qué lo he hecho, Jennifer?

Ella suspiró.

—Te quiero, Claire, pero siempre has tenido métodos de defensa un poco dañinos.

Ella asintió. Así era. Todo lo que muchos consideraban bueno en ella, ese arranque, esa vitalidad un tanto excesiva, esa impulsividad, la había llevado a cagarla en muchas ocasiones a lo largo de su vida.

—Prefiero la explicación de que estoy loca.

Ambas se rieron. Sí, hubiera sido más fácil culpar a un estado de locura transitorio, pero el problema era que Claire había actuado siendo completamente consciente de lo que hacía.

Colgó el teléfono y se dijo que era el momento de hablar con Thomas Carter y poner las cartas sobre la mesa.

La vio en cuanto salió por la puerta de su bloque de pisos en dirección al California Beach. Estaba sentada en uno de los bancos que daban al paseo marítimo, esperándolo. Se tocaba las manos sin parar y tiraba del borde de su vestido. Thomas había pasado de odiar esos vestidos de colores vivos que siempre vestía Claire a adorarlos; se dijo que debería esforzarse por despreciarlos de nuevo, aunque estaban tan asociados al hecho de desnudarla que no creía que fuera capaz de ver uno parecido y no excitarse al momento.

Thomas frenó sus pasos un segundo, suspiró con fuerza y se acercó a Claire. Cuanto antes terminaran con ese asunto, antes la perdería de vista. Sin duda, era lo mejor para los dos o acabarían matándose.

—Hola —susurró ella con la voz temblorosa.

No era habitual verla en ese estado; Claire rara vez se mostraba vulnerable, pero estaba tan arrepentida y avergonzada por lo que había hecho que era el único modo de intentar arreglar aquello.

Torció los labios para sonreír a Thomas, pero su gesto se quedó a medias cuando vio la expresión helada de él. Lo había visto molesto o enfadado en muchas ocasiones, pero jamás así, lo que le hizo pensar a Claire si todo lo vivido con anterioridad quizá había sido fingido y él, en realidad, no la había odiado, sino solo seguido la corriente en ese juego.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Los ojos de Claire estaban rojizos. Que hubiera llorado a Thomas debería haberlo hecho sentir mejor, pero lo cierto era que no lo hacía. Se sentía enfadado, humillado y, por encima de todo, dolido y decepcionado. No se había dado cuenta hasta la noche anterior, cuando se habían separado y él la había echado de menos en su cama. Thomas no había reparado hasta entonces en que se había ilusionado con su historia con Claire, aunque solo se tratara de un ligue sin importancia, pero había algo entre ellos que le gustaba de verdad.

Había llegado a la conclusión de que ella no era tan mala, que merecía la pena conocerla un

poco más y olvidar el pasado; que, quizá, podían ir un paso más allá.

Claro que todo eso había sido antes de descubrir el artículo de Claire. En esos momentos, en su cabeza ella era una de esas mujeres que en el pasado se quemaban en la hoguera por bruja.

—Necesito hablar contigo.

Thomas asintió y luego miró el reloj de su muñeca con esa soberbia que ella tanto había recalcado siempre en él. En realidad, Thomas no era así, pero fingirlo para molestarla le sentaba bien en esos instantes.

—Tienes un minuto.

Claire suspiró, se levantó y habló con toda la honestidad que supo y mirándolo directamente a los ojos. Necesitaba que él supiera que estaba siendo sincera. Necesitaba que la creyera.

—Siento haber escrito el artículo.

—¿Cuál de los dos? —preguntó él con sarcasmo.

Ella cogió aire y asumió que se merecía todo lo que Thomas quisiera usar contra ella. Por una vez, Claire Dillon dejó de lado sus impulsos, su desafío siempre presente, su carácter arrollador y se mostró como nunca hacía con nadie.

—Los dos, en realidad, pero, sobre todo, el segundo.

—Te has arrepentido rápido.

Thomas comprobó de nuevo su hora; hacía menos de veinticuatro horas que la había visto entrar en el club con su vestido rosa, sus tacones y una sonrisa que él desconocía qué intenciones guardaba para esa noche.

—Sí, lo hice casi al momento, si te soy sincera, pero ya era tarde. He intentado que mi jefa lo retire, pero no ha aceptado y una vez enviado yo no tengo acceso a nada.

Ese detalle le sorprendió, pero fingió que no le importaba. Al fin y al cabo, el mal ya estaba hecho.

—¿Tengo que agradecértelo?

Claire chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No, solo quiero que sepas que soy consciente de lo que he hecho. Y también quiero pedirte perdón.

No separó ni un segundo su mirada de la de él, un tanto esquiva, porque a Thomas, pese a que tuviera razones suficientes para estar cabreado, le costaba un mundo enfrentarse a esa versión tan cercana y vulnerable de Claire.

Al final, cuando ya creía que no sería capaz de mantener esa postura rígida por más tiempo, y cuando las ganas de limpiar una pequeña lágrima que se deslizó por la mejilla de Claire eran demasiado intensas, se dijo que era el momento de poner punto final a su extraña historia.

Ya no había motivos para volver a verse. Solo tenían que superar el engorro de la boda fingiendo una sonrisa y lo suyo estaría más que enterrado.

—De acuerdo. Nos vemos en la boda, Dillon. Intenta no joderle la vida a nadie hasta entonces.  
Thomas se fue y Claire asumió su merecido castigo viéndolo marchar, quizá para siempre.

## La verdad

Jennifer y Cole no estaban nada nerviosos. Había parejas que se ponían histéricas deseando que todo saliera bien, controlando cada minúsculo detalle de su ceremonia, pero ellos eran de los que no daban importancia a los pequeños errores. Eso era algo que Thomas agradecía, teniendo en cuenta que tenía la cabeza tan lejos de lo que estaba haciendo que temía que el catering fuera un desastre.

Quedaban solo dos días para la boda y estaba revisando con el equipo de cocina que todo el material necesario estuviera más que preparado. Solo faltaban las compras de frescos, que las recibirían directamente de sus proveedores la misma mañana del enlace.

Nada tenía por qué salir mal. Al menos, eso se repetía Thomas todo el tiempo, porque le acompañaba la sensación constante de que cualquier tarea que dependiera de él iba a ser un completo desastre.

La ceremonia iba a realizarse en una finca privada con vistas a la playa, en la que Thomas se encontraba en ese momento. Bonito e íntimo. La comida se serviría en el mismo lugar, en mesas alargadas decoradas para la ocasión y, cuando el sol comenzara a meterse, todos los invitados se moverían al California Beach a terminar la fiesta. Ese día, el club estaría cerrado para el público y disfrutarían de una velada privada con barra libre, canapés y la actuación de un famoso grupo de la zona que a Jennifer le encantaba y que era una sorpresa de Cole para la que a esas horas ya sería su mujer.

Sin embargo, en la cabeza de Thomas, él se olvidaría del discurso de la ceremonia en cuanto cogiera el micrófono, explotaría una tubería en el California Beach y, tal vez, también sufrirían una intoxicación alimentaria por una partida de ostras en mal estado.

Y todo por culpa de Claire Dillon.

Era consciente de que ella no tenía la culpa de las dos últimas cosas, pero sí podría ser la culpable de la primera, ya que la simple idea de tener que hacer aquello con ella le provocaba sudores.

Después de la publicación de su segundo artículo sobre su club, había tenido que soportar las constantes críticas de algunos medios similares, de las redes sociales y de clientes que veían en charlar con él del tema algo fascinante. Algunos amigos le habían aconsejado denunciar al *magazine* donde Claire trabajaba, pero para él nunca había sido una opción. Solo quería olvidarla y le estaba costando más de lo debido.

A veces, se acordaba de alguno de sus irónicos comentarios y sonreía. Era inevitable. Se encontraba a menudo pensando: «Claire hubiera dicho esto o lo otro», ante una situación. También se acordaba de la suavidad de su piel cuando estaba solo, en la intimidad de su cama, y la seguía

deseando por mucho que quisiera olvidarse de todo.

Cuando ya era tarde e iba a marcharse a casa, vio a Jennifer atravesar el prado en el que iban a disponerse las mesas y acercarse a la zona acristalada donde se encontraba la cocina.

Le sonrió y él la saludó con un beso en la mejilla.

—Thomas, ¿qué haces aún aquí? ¡Vete a casa!

—Sabes que no puedo.

Ella se rio. Ya lo conocía bien para saber que, pese a que podía dejar todo el trabajo en manos de sus empleados, no podría dormir de no controlar hasta el último detalle.

—Como vengas a la boda con ojeras te mato.

—No te preocupes, estaré impecable el sábado. Aunque no tanto como para eclipsar al novio.

Le guiñó un ojo y Jennifer se rio. Por mucho que diera una imagen en ocasiones seria hasta el exceso, Thomas era tan canalla como su mejor amigo.

Lo observó sacar dos copas de vino y una botella. Cuando las sirvió, Jennifer aceptó la suya con una sonrisa y brindaron.

—Por la novia.

Ambos bebieron y, entonces, Jennifer se dio cuenta de que estaba tenso y bastante agobiado. Y sabía perfectamente cuál era el motivo.

Hasta esa misma mañana se había dicho que no iba a entrometerse. Su historia con Claire era solo de ellos dos, y su amiga ya le había contado que había terminado para siempre.

Sin embargo, Jennifer sabía que a ambos les había afectado. Y también que Thomas no tenía toda la información para comprender un poco mejor el comportamiento de Claire.

Giró la copa y suspiró antes de sacar un tema que no sabía cómo sería recibido.

—¿Has vuelto a ver a Claire?

Thomas se tensó en el acto. ¿A qué venía esa pregunta? Estaban tan a gusto disfrutando de una copa de vino con la que ya consideraba una buena amiga y, de repente, a ella solo se le ocurría sacar el único tema que podía agobiarlo aún más.

—No. ¿Para qué iba a verla?

Entonces Jennifer decidió que era el momento de intentar arreglar algo que en su cabeza había cobrado sentido.

Cuando Claire le había confesado su aventura había alucinado, no iba a negarlo, pero después había pensado en ellos dos y, de algún modo que no terminaba de entender, Claire y Thomas encajaban. Había algo que le decía a Jennifer que su relación podía tener un sentido, que podía funcionar; eso sí, también sabía que eran de las personas que necesitaban un empujón, ya que eran tan orgullosos que, si por ellos fuera, jamás serían felices si para lograrlo debían dar su brazo a torcer.

Así que cogió aire y lo soltó, aunque hacerlo supusiera traicionar la confianza de su amiga por

primera vez en la vida.

—Sé lo vuestro, Thomas.

Él abrió los ojos sorprendido y luego dio un trago largo hasta acabarse la copa y volver a llenarla.

—Vale.

—No se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Cole. —Asintió agradecido, porque no quería que su amigo pudiera pensar que no confiaba en él; lo que había ocurrido era que prefería no contar lo sucedido con Claire para que no tuviera más importancia; si no lo sabía nadie más que ellos dos, apenas existía—. Claire me lo contó el día del California Beach, la misma noche que escribió el artículo.

—Qué oportuna. —Torció los labios en una mueca.

Ella dio un trago para que el vino la envalentonase.

—Se portó mal, Thomas, es cierto.

—Prefiero no hablar contigo de Claire, Jenn, es tu amiga y sé que la aprecias, pero no es buena. No, para mí.

Ella asintió, ya que comprendía que él pensara de ese modo, pero de pronto recordó lo que Claire le había contado y frunció el ceño. Llevaba tiempo queriendo echarle la bronca a Thomas y por fin podía hacerlo.

—Sé que Claire tiene sus cosas —él puso los ojos en blanco—, y que no es precisamente una santa. Pero tú tampoco.

Thomas alzó las cejas por la sorpresa.

—¿A qué viene eso?

—Ella se portó mal contigo, pero estaba dolida, Thomas. He tardado en comprenderlo, pero es su forma de actuar. Cuando se siente intimidada, confundida o dolida, Claire ataca. Siempre ha funcionado así. Y no la disculpo, pero hizo lo que hizo porque en su interior se sentía en desventaja.

Thomas no entendía ni una palabra de lo que Jenn le estaba diciendo. Si alguien había jugado con desventaja entre ellos, había sido él. No tenía dudas.

—Imagino que te refieres a cuando nos conocimos, pero la versión de Claire no es correcta.

—Cuéntame la tuya.

Entonces Thomas confesó algo que nunca le había contado a nadie. Le dijo que jamás le había ofrecido a Claire ciertos favores para comprar su valoración, sino que se puso nervioso al tenerla tan cerca y que solo pretendía ser amable. También que había sentido una conexión instantánea con ella y por eso había intentado coquetear, pero Claire lo había entendido de otra forma y todo se había precipitado.

—Empezó a insultarme y yo no me callé. Es una mujer exasperante.

Jennifer lo escuchaba con los ojos como platos. ¿Así que eso quería decir que Thomas siempre se había sentido atraído por su amiga? Tuvo que ser aún más humillante acabar retratado de ese modo tan negativo en el primer artículo.

Sin embargo, ella sabía que Claire no se había vengado de esa manera solo por ese primer encuentro, sino que lo que de verdad le había dolido había sido otro instante que Thomas desconocía.

—Si el precio por ser un inepto para ligar es este... —dijo Thomas, dejando la frase sin terminar, pero, para su asombro, Jennifer negó con la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—No, Thomas. Sé que Jennifer se olvidó de eso hace tiempo.

—¿Qué fue, entonces? Te aseguro que nada tan malo como estas palabras —él las repitió en un tono agudo y chillón en un intento por imitar a Claire—: «Pese a todo, os animo a ir al California Beach, es una buena opción en estos tiempos, aunque os aconsejo correr si aparece por allí su dueño. Claro que... si deseáis acostaros con él, solo tenéis que amenazarlo con escribir una reseña negativa de su club. Os aseguro que aceptará encantado».

Se sabía el maldito artículo de memoria.

Jennifer parpadeó para evitar darle la razón, porque a ratos le resultaba difícil ayudar a su amiga, pero recordó otras palabras igual de dañinas y las recitó sin miedo:

—¿Qué te parecen estas?: «Claire Dillon es la típica niña que se hace famosa y que confunde la compasión y la burla de quienes la siguen con el amor y la admiración. A los cincuenta seguirá enseñando el ombligo y cerrando los clubs como si fuera algo *cool*, cuando solo dará lástima».

El rostro de Thomas empalideció; lo tenía totalmente desencajado.

—¿De dónde has sacado eso?

—Son tus palabras. Tú las dijiste una vez.

A Thomas ese discurso le resultaba familiar, pero no lo ubicaba. No iba a negarlo, había pensado en Claire en esos términos muchas veces, sobre todo cuando el primer artículo había puesto su mundo patas arriba.

No obstante, jamás habría hablado así delante de nadie que ella apreciara, mucho menos delante de Jennifer. Rememoró con quién había hablado de Claire y entonces recordó aquella ocasión en la que se encontraron en un restaurante. La recordaba bien porque había acabado con un beso tan ridículo y torpe que jamás habían hablado de él. Tampoco entendía cómo habían llegado a juntar sus bocas. Ambos estaban un poco bebidos y la tensión siempre era tal entre ellos que habían reaccionado así.

En ese instante, se sintió profundamente avergonzado. Uno de sus amigos le había preguntado quién era ella, ya que, para sorpresa de ambos, lo había saludado al pasar, y después que si se habían acostado. La simple idea lo había puesto tan nervioso que las palabras habían salido solas.

De algún modo, al pronunciarlas se había sentido bien, como si fuera una especie de venganza

por las que Claire había publicado en el *magazine*, pero poco después se había arrepentido. Él no era un crío y se había comportado como tal.

Clavó la mirada en Jennifer y preguntó lo que más temía:

—¿Cómo sabes eso?

—Ella lo escuchó.

Thomas se pasó la mano por el rostro y pensó en su historia con Claire. Aquello, lo quisiera o no, lo cambiaba todo. No restaba importancia a lo que ella había hecho, pero sí que hacía que las cosas fueran diferentes.

Además, odiaba pensar que le había hecho daño.

—No lo sabía, Jenn. Mierda.

—Sí, mierda.

Ambos sonrieron. Él fue a hablar, pero ella levantó la mano y no se lo permitió.

—Se que lo que ella hizo no tiene perdón. Además, se trata de tu trabajo y lo ha hecho de forma pública, no puedo ni imaginarme lo que es estar en tu piel, pero estoy segura de que, pese a todo, Claire se siente más humillada que tú.

Él no lo entendía. Al fin y al cabo, solo lo había oído la propia Claire y unos amigos suyos que ni siquiera lo recordarían.

—Me cuesta creerlo.

Entonces Jennifer sonrió y le explicó a Thomas algo que por sí mismo jamás habría pensado.

—Pues es sencillo. Claire tuvo que tirar de ingenio para castigarte, Thomas, pero, en realidad, le encanta tu club y también le gustas tú. De no ser así, ni siquiera te habría dedicado una frase. Además, ya sabrás que la Claire Dillon de las redes no es la real, solo es una imagen. Sin embargo, lo que tú dijiste fue en la intimidad, con tus amigos. Esas palabras las dijo el Thomas Carter de verdad. ¿Lo entiendes?

Le estaba costando, pero empezaba a comprenderlo. También que lo que sucedió esa noche fue que Claire le dio la oportunidad de sincerarse con ella, pero que él no se atrevió.

«Cobarde».

Por fin lo comprendía. Lo había sido una segunda vez al no invitarla a la fiesta y al tratarla con cierta indiferencia y soberbia. Y, por otra parte, también fue consciente de que Claire había sido capaz de disculparse con él en dos ocasiones y él la había tratado como si tuviera la verdad absoluta, cuando igualmente tenía motivos para pedirle perdón. Lo que ocurría es que había estado ciego hasta entonces.

No se lo podía creer, pero, después de todo, estaba a punto de darle la razón a Claire.

—Gracias por contármelo, Jennifer.

Ella asintió y respiró aliviada.

—Tengo que irme. Te dejo que medites sobre ello, pero, Thomas, si no vas a hablar con ella

para intentar sacar algo bueno, será mejor que os alejéis definitivamente. De no ser así, acabareis haciéndoos más daño.

Thomas hizo un gesto afirmativo.

—Tranquila, Jenn. Esa mujer sería capaz de incendiar mi club, no tengo intenciones de estropear más las cosas.

Sonrieron y Thomas se quedó solo otra hora. Un tiempo en el que estuvo reflexionando sobre lo sucedido, sobre lo que Jennifer le había confesado y sobre Claire. Sí, principalmente, sobre Claire Dillon.

## La boda

Había llegado el día. Era una preciosa mañana de verano y Jennifer no podía estar más feliz. Claire también; de hecho, no podía dejar de sonreír mientras la ayudaba a vestirse, aunque tampoco podía evitar tener el estómago revuelto.

—Qué guapa estás, cariño —le dijo Jennifer, acariciando su mejilla.

Claire sonrió agradecida. Habían escogido su vestido juntas. Era uno de color cielo, palabra de honor y con vuelo hasta por encima de la rodilla. Además, tenía unos pequeños brillantes en la zona de la cintura. Jennifer le había dicho que resaltaba sus ojos y ella la había creído.

Se miró de nuevo en el espejo y odió la inseguridad que la acompañaba. Claire no era así, pero desde que Thomas se había colado en su vida, a ratos, no se reconocía.

—Tú sí que vas a estar guapa —dijo Claire, centrándose de nuevo en su amiga, aún en ropa interior y con el vestido de novia colgado de una percha frente a ellas—. Ese vestido es un espectáculo.

—¿Verdad?

—Cole se va a caer de culo.

Ambas rieron, pero lo cierto era que Claire se había sorprendido de verdad al ver el vestido. Era ajustado, con un escote muy sexi y con la espalda abierta. Siempre se había imaginado para su amiga algo más clásico, estilo princesa de cuento, pero debía admitir que la versión seductora había sido todo un acierto.

La ayudó a vestirse y se emocionó cuando la vio ya preparada para dar el «sí quiero». La conocía desde que eran dos chiquillas y Jennifer estaba a punto de casarse. Habían vivido tantos momentos, tantas cosas buenas..., que Claire no podía sentirse más agradecida de poder compartir también esos instantes tan importantes para Jennifer con ella. Incluso le parecía un honor officiar la boda, aunque fuera junto a Thomas.

Cogió aire y se limpió las lágrimas de forma disimulada.

—¿Claire Dillon, llorando? Sí que debo estar espectacular —bromeó Jennifer, aunque también tuvo que pestañear y darse aire con las manos para evitar que el llanto estropeará su maquillaje antes de tiempo.

—Últimamente lloro por todo, así que no me lo tengas muy en cuenta.

Jennifer frunció el ceño ante esas palabras que decían más de lo que Claire pretendía. Sabía que lo había pasado mal con el asunto de Thomas. La conocía demasiado bien para saber que estaba triste, aunque fingiera que nada la afectaba.

Jennifer esperaba no haber metido la pata al contarle a Thomas lo que sabía.

Cruzó los dedos en su cabeza para que su pequeña intervención sirviera de algo. Después echó

a Claire de la habitación con un abrazo y miró el reloj.

En muy pocos minutos, comenzaría su boda.

No tardó en verla. Su pelo corto era inconfundible. Su risa por encima de las voces de la gente que esperaba pacientemente, también. Hasta sus hombros bronceados destacaban sobre las demás figuras para Thomas.

Se acercó al altar dispuesto para comenzar con la ceremonia. Se trataba de un arco cubierto de flores con una sencilla mesa alta y dos micrófonos para Claire y Thomas.

Cogió aire y se acercó a ella, que charlaba amistosamente con una joven.

—Disculpame. —Thomas sonrió y la chica desapareció al momento. Entonces Claire se giró y clavó sus enormes ojos en los suyos.

Estaba increíble. Thomas pensó que nunca había visto una mujer tan preciosa como Claire Dillon. Tuvo que tragar saliva ante la punzada que sintió en el pecho.

—Jennifer ya está lista. Empezamos en cinco minutos —dijo ella con excesiva formalidad y sin esbozar la más mínima sonrisa.

—Bien. ¿Quieres que recordemos algo del texto? —aportó él, intentando que la situación no fuera tan incómoda.

Sin embargo, Claire negó con la cabeza y se colocó en su sitio, con las manos entrelazadas.

Parecía tan segura de sí misma que Thomas se sintió un crío nervioso y torpe.

Recordó todo lo que Jennifer le había confesado y vio por primera vez a Claire de un modo distinto. La vio suspirando entre sus brazos, incluso cuando ella sabía que él no tenía una opinión demasiado positiva sobre su persona. La vio besándole con pasión, gimiendo su nombre, riéndose a carcajadas, pese a que sabía que por dentro se sentía dolida.

Claire se había entregado a él, aunque creía estar en desventaja, lo que Thomas pensaba que tenía que significar algo.

—Claire... —susurró.

Notó que ella se tensaba y luego negaba con la cabeza.

—No, Thomas.

Solo dos palabras, pero suficiente para que supiera que no era el momento.

Ambos vieron a Cole primero atravesar el pasillo y llegar hasta ellos. Estaba sonriente, tranquilo y con ese aire despreocupado que Thomas siempre había envidiado en él. Poco después, lo hizo

Jennifer y, entonces, pudo ver que su amigo tragaba saliva y se emocionaba como nunca lo había visto. Lo hizo más al ver a su madre, que llevaba años enferma, en primera fila feliz, sonriente y orgullosa porque su hijo, un tanto atolondrado, por fin pareciera sentar cabeza.

Jennifer y Cole se miraron con tanto amor que Thomas no pudo evitar girar el rostro y, para su sorpresa, se encontró con los ojos de Claire clavados en él.

¿Qué estaría pensando? ¿Se habría imaginado, como había hecho él, estar en la posición de sus amigos nada menos que en su compañía?

Cole tuvo que carraspear para que ambos reaccionaran y comenzaran con la ceremonia entre las risas cómplices de algunos asistentes que se habían dado cuenta del modo en que Claire y Thomas se miraban.

Su intervención fue un éxito. Para lo mal que habían acabado, ellos dos fingieron perfectamente una química en su discurso que todos disfrutaron. El discurso resultó ser la mezcla ideal entre diversión y emoción, y Jennifer supo que no se habían equivocado al pedirselo a ellos. No podía haberse imaginado un momento más bonito que aquel.

Cuando al fin llegó el momento del beso, todos sus familiares y amigos rompieron en aplausos y silbidos. Cole cogió a su ya mujer, la tumbó hacia atrás y le plantó un beso que hizo ruborizar a más de uno.

Thomas y Claire se encontraron riendo juntos, hasta que se dieron cuenta de que la actuación había terminado y sus expresiones se tornaron serias y tirantes.

Ella se alejó sin decir nada y se mezcló con el resto de los invitados.

Thomas la vio marchar con las palabras en la boca sin saber cómo ordenarlas para que tuvieran algún sentido.

El banquete resultó fantástico. Todo el mundo alabó el catering y la música.

Thomas se sentía satisfecho y aliviado, ya que hasta ese instante no había sido capaz de soltar las riendas de jefe y disfrutar como los demás. Cogió una copa y decidió que ya era hora de celebrar con sus amigos su amor.

Claire no podía dejar de pensar en él. Y no porque hubiera tenido que sonreírle como si se llevaran bien delante de todos los invitados; tampoco porque estaba tan guapo que le daban ganas de tirarle una copa a la cabeza; sino porque cada vez que salía un nuevo plato, Claire recordaba la primera vez que los había probado en la cocina a solas con Thomas.

Aceptó que habían elegido francamente bien, ya que todo estaba delicioso.

Sin embargo, cuando llegó el postre y vio salir la tarta coronada con trufas, se estremeció y lo buscó de forma irremediable.

Thomas se encontró con la mirada de Claire en cuanto las trufas salieron a escena. Recordó cómo colocó una de ellas en su boca y luego la sustituyó por sus labios. También todo lo que vino después.

Necesitaba hablar con ella.

Pese a ello, en cuanto dio un paso Claire se giró y se mezcló con la gente, desapareciendo de su vista.

Jennifer y Cole pensaban que era bonito terminar su boda donde su historia había comenzado. Por eso, cuando entraron en el California Beach, ya de noche y con un aspecto un tanto descuidado tras tantas horas de fiesta, se pusieron a bailar como locos.

Claire se rio a carcajadas cuando vio a Cole coger a su mujer en brazos y darle vueltas en el aire. Estaban un poco borrachos, así que se tropezaron y acabaron hechos un nudo en uno de los sofás dispuestos en los laterales.

Aprovechó que todo el mundo estaba prestando atención a la pareja y salió a las terrazas exteriores. Necesitaba tomar el aire. Se lo había pasado en grande y había llegado a desconectar por unas horas de todo lo que le llenaba la cabeza, pero después de unas cuantas copas volvía a sentirse triste. No podía remediarlo.

Antes de darse cuenta, sus pies la habían llevado hasta la playa. Se quitó los zapatos y hundió los dedos en la arena. Eso sí que sentaba bien.

Oyó unos pasos detrás de ella y se giró con el corazón a mil por el susto, aunque cuando vio de quién se trataba sus latidos aumentaron el ritmo.

Era Thomas y no sabía cómo sentirse al respecto.

¿Qué hacía él allí?

Observó que se quitaba los zapatos y los calcetines; luego se sentó sobre la arena y ella lo imitó. Después se quedaron en silencio, mirando el mar, unos minutos.

Cualquiera que los viera desde fuera pensaría que era una pareja descansando de la fiesta, pero nada más lejos de la realidad. O, al menos, eso pensaba Claire, porque Thomas... bueno, Thomas, para empezar, no había podido quitarle los ojos de encima en toda la noche y después seguirla hasta la playa.

—Creo que voy a irme a casa —dijo ella con la intención de romper ese silencio que comenzaba a ser asfixiante.

—¿Tan pronto?

Claire se rio.

—Son las dos de la mañana. Llevo casi veinte horas despierta. Una copa más y me desmayaré

en tu club. ¿No crees que podría ser una publicidad bastante negativa? —bromeó.

Ambos rieron a medias. Luego Claire cogió aire y soltó lo que tocaba, porque era el momento de despedirse. La boda ya era parte del pasado. No tenía ningún sentido que ellos volvieran a verse. Lo suyo había durado lo que duran los preparativos de un enlace.

Estaba dispuesta a ello, ya había asumido que lo había estropeado todo antes de que empezara, pero no quería.

Aun así, Claire fue valiente, como siempre, y soltó las palabras en voz baja:

—¿Preparado para volver a odiarme?

Thomas la observó unos segundos en silencio. Estaba preciosa, con el pelo revuelto, los ojos cansados y jugueteaba con los dedos de los pies en la arena. Deseaba besarla. Deseaba abrazarla. Deseaba perdonarla. Quizá, ya lo había hecho, y si no, no importaba, porque deseaba más aún pedirle perdón. Deseaba quererla incluso, y no era por el champán que había bebido.

—En realidad, no.

Claire se irguió, sorprendida por esa respuesta y se giró para mirar a Thomas.

Él sonreía. Y no era una sonrisa irónica ni para burlarse de ella, sino una sincera y llena de ganas.

—¿Cuánto has bebido, Thomas?

Él se rio y Claire se ruborizó. ¡No podía creerse lo que estaba sucediendo!

—Claire...

—¿Cuánto habéis dejado que bebiera yo?

Entonces sintió la mano de Thomas rodeando la suya y tembló. Aquello no era un sueño ni tampoco una alucinación por los cócteles. Aquello estaba pasando de verdad.

—Claire... eres...

—¿Has venido a insultarme? ¿Es una especie de venganza?

Thomas sacudió la cabeza. Ella era incapaz de callarse, pero a él le costaba hablar. De algún modo extraño y retorcido, eso hacía que se complementaran. Jamás lo habría pensado, pero comenzaba a creer que entre ellos podría nacer algo bonito.

—He venido a pedirte disculpas, si te callas en algún momento.

Ella hizo un gesto de cerrarse los labios con una cremallera invisible y Thomas puso los ojos en blanco. Luego suspiró y, por fin, encontró lo que quería decir:

—Claire, creo que estás un poco loca, de verdad, tu modo de ver la vida me resulta... inquietante.

—Gracias. Se te da genial pedir perdón, ¿sabes?

Thomas le tapó la boca con la mano y sus ojos se abrieron al máximo.

—Así mejor. A lo que iba... Me pones nervioso, pero esa locura que tienes también es fascinante. No he conocido a nadie como tú y creo que eso fue lo que me asustó desde el

principio.

—Ssuidj... —Claire intentó hablar y Thomas apartó la mano para que no se ahogara—. Soy única en mi especie.

—Gran aporte —replicó él; Claire no pudo evitar sonreír; hasta cuando mantenían una conversación seria parecía que peleaban—. Como acabas de demostrar, no solo me asustas, sino que me sacas de quicio.

—Tú tampoco eres muy agradable, ¿sabes?

Sin embargo, pese al comentario de Claire, ambos sonrieron entre dientes. No podían negarlo, les encantaba jugar a desafiarse.

—Lo sé, por eso te pido perdón. Por eso y por todo lo que te haya hecho daño, Claire. —Ella apartó la mirada un tanto cohibida, pero Thomas no se lo permitió y la agarró por el mentón—. Siento que me escucharas aquel día, en el restaurante.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que dije cosas feas de ti y me arrepiento, pero necesito que sepas que no las pensaba de verdad, solo estaba dolido.

Claire tragó saliva y sintió los ojos húmedos. No quería llorar, pero había deseado tanto escuchar aquello que la emoción la desbordaba. Entonces recordó que solo le había contado ese secreto a una persona.

—¿Está muy mal visto asesinar a la novia el día de su boda?

Thomas se rio y la atrajo hacia su cuerpo. Ella se hizo un ovillo y se abrazó a su torso.

—En realidad, deberíamos darle las gracias a Jennifer. Sin ella, no sé si hoy estaríamos aquí en este momento.

Ambos asintieron. Después Claire alzó la cabeza y se encontró con el rostro de Thomas muy cerca. Levantó una mano y la posó en su mejilla.

—Eres tan guapo que me enfada. —Él soltó una carcajada, pero ella seguía seria—. Quiero que sigamos viéndonos, Thomas, pero solo si olvidamos lo malo del pasado y nos centramos en disfrutar. No quiero que sea algo que usemos cada vez que nos enfademos, que te digo desde ya que será a menudo.

Él asintió y acarició sus labios con los dedos.

—Me parece bien.

Fue a besarla, pero Claire aún no había terminado.

—Y no quiero que le pongamos etiquetas. Podemos vernos, acostarnos, reírnos, pelearnos, lo que quieras, pero si acaba, pues no nos odiamos. Ya lo hemos hecho mucho tiempo.

—Y es agotador.

Ambos sonrieron. Thomas rozó su boca con la lengua, pero Claire cogió aire y atacó de nuevo,

cogiéndole por las mejillas con determinación.

—Esto no es amor, no quiero que te encariñes conmigo, Carter. Te lo digo desde ya.

—Como no te calles de una vez y me beses, no será nada, Dillon.

Ella explotó en carcajadas y entonces sí se besaron, lo hicieron profundamente y durante mucho tiempo, mientras una pareja de recién casados los observaba desde lo lejos.

## Epílogo

Claire estaba de los nervios. Llevaba todo el día caminando por el piso como una loca, descalza, sin ducharse y con aquella cosa en las manos. De vez en cuando la miraba y el estómago se le ponía del revés.

Quiso llamar a Thomas, pero estaba demasiado enfadada con él como para que no se desatara una guerra por teléfono. Pensó en llamar a su madre, pero después se rio a carcajadas como una loca, porque lo que menos quería era tenerla ese mismo día con una maleta en la puerta de su casa. Así que, finalmente, optó por llamar a Jennifer.

—Claire, ¿cómo estás?

—Emergencia.

—¿Qué te pasa?

—Emergencia —repitió Claire; era lo único que su cerebro podía ordenar.

—Vale, cariño, voy para allá.

Cuando Jennifer apareció en su casa, lo hizo con una bolsa de donuts que hizo llorar a Claire en cuanto la vio. Esa reacción preocupó a Jennifer de verdad.

—Ven, siéntate y cuéntame lo que te pasa.

Dos donuts después, Claire fue capaz de hablar como una persona normal.

—Ese maldito idiota me ha dejado embarazada.

Bueno, o todo lo normal que era Claire en una situación de crisis.

Jennifer abrió la boca y la cerró tres veces. Estaba totalmente conmocionada.

Al final, logró hacer una pregunta:

—¿Estás segura?

Entonces Claire se levantó y le plantó un palito en la cara.

—Me he hecho tres. Este es el que mejor se ve. Además, los otros dos los lancé por la ventana.

Ambas asintieron, luego Claire se hizo un ovillo en el regazo de Jennifer y se dejó consolar por su amiga en silencio.

—¿Se lo has contado a Thomas?

—¿Quién te ha dicho que es de Thomas?

Jennifer la empujó con tanta fuerza que casi la tira del sofá.

—¿¿Qué has hecho??

—Ten cuidado, Jenn, estoy embarazada. Y estaba bromeando —dijo con la boquita pequeña.

Luego recuperó su lugar en el regazo de su amiga y se mantuvieron en silencio, esforzándose ambas por aceptar esa nueva realidad en la vida de Claire.

Había sido un año sencillo. Thomas y Claire habían solucionado lo suyo y comenzado una relación que, si bien no era perfecta, sí los hacía felices. Al menos, a ratos. A otros peleaban, se sacaban de quicio y las ganas de tirar la toalla eran habituales en ambos.

No obstante, en algún momento se acordaban de lo bueno que también tenían, a veces por una sonrisa, un gesto o un recuerdo, y uno de los dos cedía. Entonces, las reconciliaciones eran apoteósicas.

Pese a que había pasado un año desde aquel día de la playa, no habían puesto etiquetas a lo suyo. A ojos de cualquiera, eran novios. Dormían todas las noches juntos, aunque ambos conservaban su apartamento, e incluían al otro en todos los planes. Salían a menudo con Jennifer y Cole, en plan parejitas, y hasta habían tenido ciertos detalles románticos el uno con el otro en ciertas ocasiones especiales, como lo eran sus cumpleaños o las navidades.

Sin embargo, Claire era de esas personas que se agobiaban cuando debía poner nombre a las cosas, porque para ella significaba que darles responsabilidades también hacía que fueran más complicadas. Ella prefería que la vida fluyera, así todo resultaba mucho más fácil.

Para Thomas, en cambio, Claire ya era su mujer, dijera ella lo que dijera. Solo lo disimulaba y se mostraba despreocupado delante de ella para que no se agobiara. Claire tenía muchas cosas buenas, pero su pánico al compromiso no entraba en esa lista. Además, él ya lo compensaba con todo lo contrario; Thomas tenía seguridad por los dos.

Las primeras semanas, se habían dado un atracón del otro. Tenían tantas ganas acumuladas que apenas habían salido de la cama. Solo Thomas lo hacía de vez en cuando para demostrar que aún seguía siendo el dueño de un pequeño imperio.

—Vas a conseguir que mis negocios se vayan a pique, Claire.

Eso decía antes de darle un beso arrollador y marcharse, mientras ella se quedaba desmadejada y desnuda entre las sábanas, esperando a que Thomas regresara y volvieran a saciarse.

No obstante, lo suyo, aunque pudiera parecer lo contrario, no se resumía solo en sexo. Era mucho más. Esas madrugadas solían acabar viendo ambos el amanecer entre conversaciones que nunca terminaban. Descubrieron que tenían mucho más que ofrecer al otro y que lo que iban descubriendo les gustaba.

Claire algunos días se agobiaba, cogía sus cosas y le decía adiós como si fuera uno de esos ligues de los que se despedía lanzándole un beso para no volver a verlo. Pese a ello, no tardaba más de unas horas en aparecer por el California Beach, encerrarlo en el almacén y besarlo y abrazarlo hasta que perdían el sentido y los pillaba medio desnudos alguno de los empleados.

Otras, se colaba en la cama de Thomas y se hacía un ovillo contra su cuerpo, como si nada hubiera sucedido.

Lo que para muchos podría ser un incordio, a Thomas le gustaba. Porque, aunque Claire era un poco suya, esas locuras y contradicciones la hacía especial. Además, ella se marchaba a veces, sí, pero siempre regresaba a su lado.

Claire había descubierto que todas esas cosas que pensaba que odiaba de Thomas, como su exagerado sentido de la responsabilidad, su educación de internado caro y sus camisas almidonadas, en realidad, le resultaban de lo más excitantes. Había aprendido mucho de él, de su afán de superación y de su autoexigencia. Ella era todo lo opuesto, pero eso no significaba que ver esas virtudes en él fuera de lo más estimulante.

Así que lo que había comenzado solo como una aventura había resultado ser algo más, una historia con un futuro a la vista, una relación con todas las letras.

Una mañana cualquiera, Claire había dejado su trabajo. Desde el doble incidente con el California Beach, sentía cierto recelo por lo que hacía. Se veía a menudo dudando de lo que escribía cuando antes no le costaba el más mínimo esfuerzo, pensando en cómo sus palabras podían influir en los dueños de los negocios que reseñaba, así que tuvo que asumir que una parte de ella había madurado y que era la hora de pasar página.

Llamó a su jefa, dijo que lo dejaba y después no habló a Thomas en dos días.

—¡Es culpa tuya! ¡Has conseguido que tenga remordimientos!

Él sonreía ante el enfado de Claire, porque ese cabreo significaba mucho más para ambos; como que él había despertado a la Claire más emocional y ya no había cabida para otra.

Thomas le ofreció encargarse de la parte correspondiente a las relaciones públicas de sus empresas, así como la gestión de las redes sociales. Claire aceptó, siempre y cuando se comportara con ella como una empleada más y no tuviera ningún trato de favor.

—¿Por quién me tomas? —le había preguntado Thomas enfadado.

Sin embargo, esa cuestión se les olvidó el día en que, oficialmente, ya habían hecho el amor en todos los locales, despachos y cualquier superficie que se consideraba laboral para Thomas.

La vida fluía, como quería Claire, y su relación iba viento en popa, como deseaba Thomas.

Hasta ese mañana, cuando Claire se había dado cuenta de que su período se había retrasado nada menos que seis días.

Cuando Thomas llegó a la casa de Claire, Jennifer ya se había ido. En cuanto entro por la puerta supo que algo iba mal. Olía a gofres y Claire rumiaba sin parar mientras limpiaba la cocina. Solo limpiaba cuando estaba enfadada o triste.

—Claire, ¿qué haces limpiando el horno?

Ella sacó la cabeza del electrodoméstico y lo fulminó con la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, estaba tensa y restos de chocolate manchaban la comisura de sus labios.

Thomas se esperó lo peor.

—¿Qué te crees que hago? Limpiar, porque esto estaba hecho un asco. Es increíble. ¿Hacía cuánto que no lo limpiaba a fondo? Mucho, Thomas. Demasiado. La situación era insostenible. Lo nuestro lo es, en realidad.

Él se tensó ante esas últimas palabras. Estaba acostumbrado a las idas de cabeza de Claire, pero aquello era nuevo. No sabía qué había ocurrido, pero, sin duda, era importante. Un temor inesperado se instauró en su estómago.

—Vale, deja eso. Vamos al salón.

—No me da la gana. Estoy estupendamente aquí.

Thomas cogió aire para armarse de paciencia y cuando vio que era verdad que ella no tenía la mínima intención de acompañarlo, la cogió en volandas por la cintura y se la llevó pataleando y chillando como una loca hasta el sofá.

—¿Quién te has creído que eres?

—Claire, vamos. Tranquilízate y cuéntame qué te pasa.

Ella apartó la vista y volvió a sentir las lágrimas en los ojos. Luego se abrazó las rodillas, sintiéndose diminuta, aunque igualmente enfadada.

—Esto es un desastre, Thomas.

—¿Por qué dices eso?

Entonces Claire lo soltó sin más, como la bomba que era:

—Estoy embarazada.

Thomas no se inmutó. Se quedó mirando fijamente a Claire, tan perdida, tan confundida, y esas dos palabras se repitieron en su cabeza sin cesar, como un disco rayado que no deja de dar vueltas.

«Estoy embarazada».

«Estoy embarazada».

«Estoy embarazada».

Claire estaba embarazada.

¿Cómo era posible? Bueno, el cómo lo sabía bien, eran unos expertos, pero... aquello era un giro de los acontecimientos de lo más inesperado.

Sin poder evitarlo, una sonrisa inmensa se dibujó en su rostro. Fue tan deslumbrante que Claire se asustó.

—¿Por qué sonríes?

Entonces Thomas la atrajo hacia sí y la colocó a horcajadas sobre su cuerpo, antes de rozar su

tripa con los dedos.

—¿Es verdad? ¿Voy a ser padre?

Claire estaba tan nerviosa que bromeó igual que había hecho con Jennifer.

—¿Quién te dice que sea tuyo?

Thomas se rio. Iba a ser padre. No podía creerlo. Estaba exultante.

—Estás asustada, y lo entiendo, Claire.

—No es tuyo. Es de Conrad, tu camarero macizo. Lo siento, tenía que habértelo contado antes.

Él puso los ojos en blanco, pero no podía dejar de sonreír. Era increíble. Acarició el vientre plano de Claire con dulzura y ella se estremeció.

¿Cómo era posible que una personita cupiera ahí dentro?

—Todo va a ir bien, Claire —le susurró.

Y fueron esas palabras las que abrieron el dique y Claire se deshizo en lágrimas. Él la abrazó hasta que se calmó.

—¿Qué es lo que pasa? ¿No quieres tenerlo? ¿Es eso? ¿Hay algo que deba saber?

Claire se sentía fatal. Y no solo por el miedo asociado a la sorpresa, sino porque de repente ver a Thomas tan ilusionado le hizo sentir una brujita por haberle estropeado un momento que debía ser bonito.

—Yo... lo que teníamos era perfecto. No quiero que cambie nada.

Él sonrió. Así que era eso.

—Claire, esto va a cambiarlo todo, pero para mejor. Nosotros seguiremos siendo nosotros, solo que habrá alguien más para que sea aún más divertido.

Ella suspiró y, por un instante, se mostró ilusionada.

¿Y si Thomas tenía razón? ¿Y si ese bebé solo sumaba a su feliz vida?

Sonrió.

—Todo un reto.

—Esa es mi chica.

Se besaron y pasaron la tarde haciendo planes, hablando de todo lo que debían hacer a partir de ese momento y Claire haciéndole a Thomas un adelanto de todos los antojos que iba a tener.

Ya en la cama, Claire rememoró todo lo que había ocurrido a lo largo del día. Pensó en todas las emociones que había experimentado, desde la sorpresa, el miedo, la tristeza, la ilusión, hasta una que siempre había estado presente pero que durante mucho tiempo se había negado a decir en voz alta.

Miró a Thomas, que leía bajo la luz de la lamparita y ese sentimiento la embargó de nuevo. También lo sintió al tocar su vientre con suavidad. Se lo había negado durante meses, pero, por fin, se atrevía a mirar su vida de un modo nuevo y se sentía valiente para aceptarlo.

Alzó la mano, acarició la mejilla de Thomas y susurró lo que él hacía mucho que ya sabía:

—Pues resulta que, al final, sí era amor.

Él se rio, dejó el libro en la mesilla, apagó la luz y la acogió entre sus brazos.

—Ni lo dudes.

Después la besó y se prometió no dejar de hacerlo ni un solo día de su vida.

## **Nota de la autora**

Espero que hayas disfrutado de la serie *California Beach*.

Para enterarte de todas las novedades, puedes seguirme en Facebook o en Instagram.